

Caricatura de Tejada realizada por Ricardo Rendón (tomada de *Mesa de redacción* publicada por la Biblioteca Pública Piloto de Medellín).

Luis Tejada: crítica crónica

JOHN GALÁN CASANOVA

Trabajo fotográfico: Ernesto Monsalve

ESCLARECER EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN de la literatura colombiana ha sido uno de los asuntos que más han ocupado la atención de los investigadores durante los últimos años. Hasta el momento, esa atención ha recaído especialmente en el estudio del modernismo, durante el cual se dio inicio al proceso en mención. Sobre este período se cuenta ya con estudios que ahondan en el planteamiento de cuestiones como la secularización de la vida social y cultural, la emancipación de la literatura con respecto a fines políticos, morales o religiosos o la oposición de criterios de racionalidad crítica a los dogmas tradicionales. Así mismo, se ha profundizado en la interpretación de Silva como el primero de nuestros escritores modernos, el primero que relativiza todos los valores, que se formula auténticamente la inquietud por la trascendencia y suscita la cuestión crítica a partir de su propia obra.

No puede decirse lo mismo de la literatura posterior, que incluye grupos como los de la generación del Centenario y Los Nuevos; abarca un período poco explorado que ha sido designado con el rótulo de posmodernismo, que no ha merecido mayor aceptación debido quizá a que no alcanza a dar cuenta de tendencias tan distintas como el americanismo y el vanguardismo. Ocurre, además, que *La vorágine* (1924) ha captado de tal forma la atención de los estudios sobre la época que todo aquello que se le parezca ha sido puesto de inmediato bajo su influjo, y lo que no, ha sido relegado como un fenómeno poco trascendente en la literatura nacional. Con *La vorágine* ha sucedido lo que con la literatura que se hace oficial: es instituida como modelo, definida como suma de la nacionalidad, convertida en objeto obligado de estudio, es decir, se la neutraliza por medio de un implacable asedio retórico.

Pasará mucho tiempo antes que pueda volverse a leer *La vorágine* libre de su caparazón de texto oficial. Entre tanto, crece la valoración de obras de la misma época que han permanecido archivadas durante largas temporadas y cuyas páginas en nada remiten a la célebre novela americanista. Es el caso del *Libro de crónicas* (1924), de Luis Tejada, y de *Suenan timbres* (1926), de Luis Vidales; ambas obras habrían de esperar medio siglo antes de volver a ver la luz pública en 1961 y 1976, respectivamente. Desde entonces, el interés editorial por estos autores ha ido en aumento: en 1988, editado por el Centre Culturel Colombien, apareció, en París un volumen en el que se reproducen algunas

crónicas de Tejada; en 1989 la Universidad de Antioquia publicó una recopilación de las crónicas, con textos diferentes de los recogidos por Colcultura en 1977; por último, en 1994 apareció la biografía *Luis Tejada*, escrita por Víctor Bustamante¹. Por su parte, *Suenan timbres*, de Vidales, se publicó por tercera vez en 1986; una decena de sus poemas constituye la única representación colombiana que figura en la antología que prepara la Editorial Hiperión, de España; ya había ocurrido lo mismo en el *Índice de la nueva poesía americana*, la famosa antología realizada por Borges, Huidobro y Alberto Hidalgo en 1926.

De suerte, pues, que Tejada y Vidales —el Vidales de *Suenan timbres*— han cobrado actualidad. Resultan interesantes por ciertos elementos de vanguardia, ciertas posturas excéntricas a la literatura colombiana de la época. Es deseable que a la recuperación editorial en marcha se sume una valoración crítica que suscite cuestiones como las que han sido planteadas a propósito del modernismo, una valoración que emprenda lecturas de estos autores relacionándolos con el contexto histórico, la tradición literaria que pretendieron transformar y las tendencias vanguardistas predominantes en el momento. En esa dirección apuntan estas consideraciones sobre la obra del joven cronista antioqueño muerto antes de cumplir los 27 años.

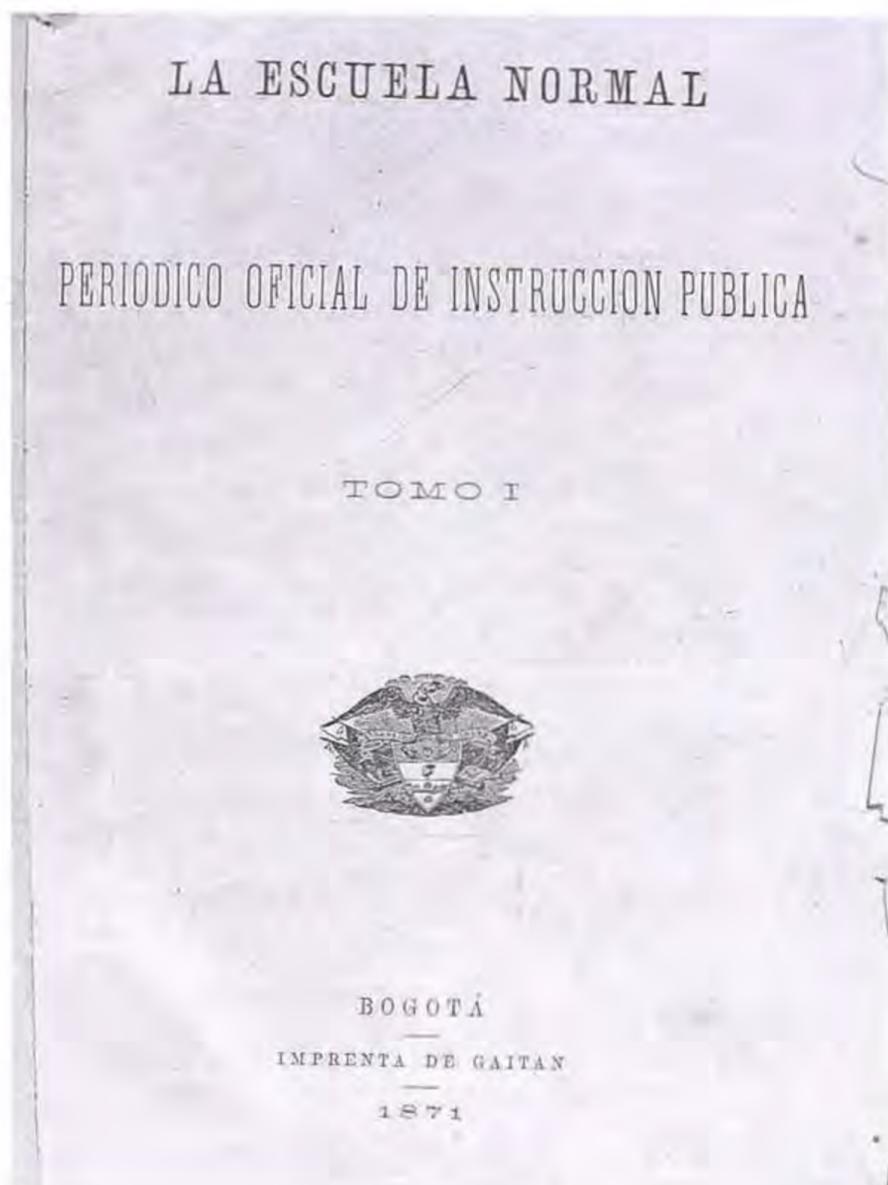
I. LA FORMACION

Para comprender la vocación crítica de Luis Tejada, entendida como su capacidad de interpretar la realidad nacional problematizándola y señalándole nuevos rumbos, conviene detenerse en su proceso de formación personal partiendo del siguiente hecho: Tejada proviene de una tradición liberal radical opuesta a las instituciones políticas y educativas de la república conservadora (1880-1930).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el liberalismo radical, conforme con el ideal de la burguesía en proceso de formación y ascenso, intentó llevar a cabo una reforma educativa inspirada en las corrientes ilustradas de la pedagogía europea. La reforma radical de 1870, como se la conoce, se proponía implantar la obligatoriedad de la instrucción primaria y la neutralidad del Estado en materia religiosa. Con esto se perseguía, en esencia, masificar la educación y propiciar una separación entre la Iglesia y el Estado que condujera a la secularización de este último. La orientación de la reforma se entiende al considerar las convicciones fundamentales que animaban a los liberales radicales: "primera, el sistema republicano y democrático no puede sostenerse sino con el apoyo de una ciudadanía ilustrada; segunda, la Iglesia, ligada como estaba en la Nueva Granada a los más atrasados sectores sociales, y a ideologías monárquicas o antidemocráticas, no puede llevar a cabo la tarea de conducir la educación popular; tercera, la educación es un deber y un derecho del Estado y una de las expresiones de su soberanía"². Aunque no presentaba los matices abiertamente anticlericales del liberalismo de José Hilario López en 1850, y ni siquiera proponía el laicismo que abanderaban los gobiernos liberales latinoamericanos de la época, la reforma del 70 provocó la más enérgica de las reacciones por parte de los sectores conservadores. Actitudes como la del poeta José Joaquín Ortiz, quien sostenía que sin educación religiosa la comuna era inevitable, o como la de los obispos de Pasto y Popayán, que se negaban a absolver de los pecados a quienes asistieran a las escuelas liberales, demuestran el grado de intolerancia que alcanzó la oposición.

¹ La *Obra completa de Luis Tejada*, compilación de María Cristina Orozco y Gilberto Loaiza, permanece inédita.

² Jaime Jaramillo Uribe, "El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea", en *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Procultura, 1982, pág. 269.



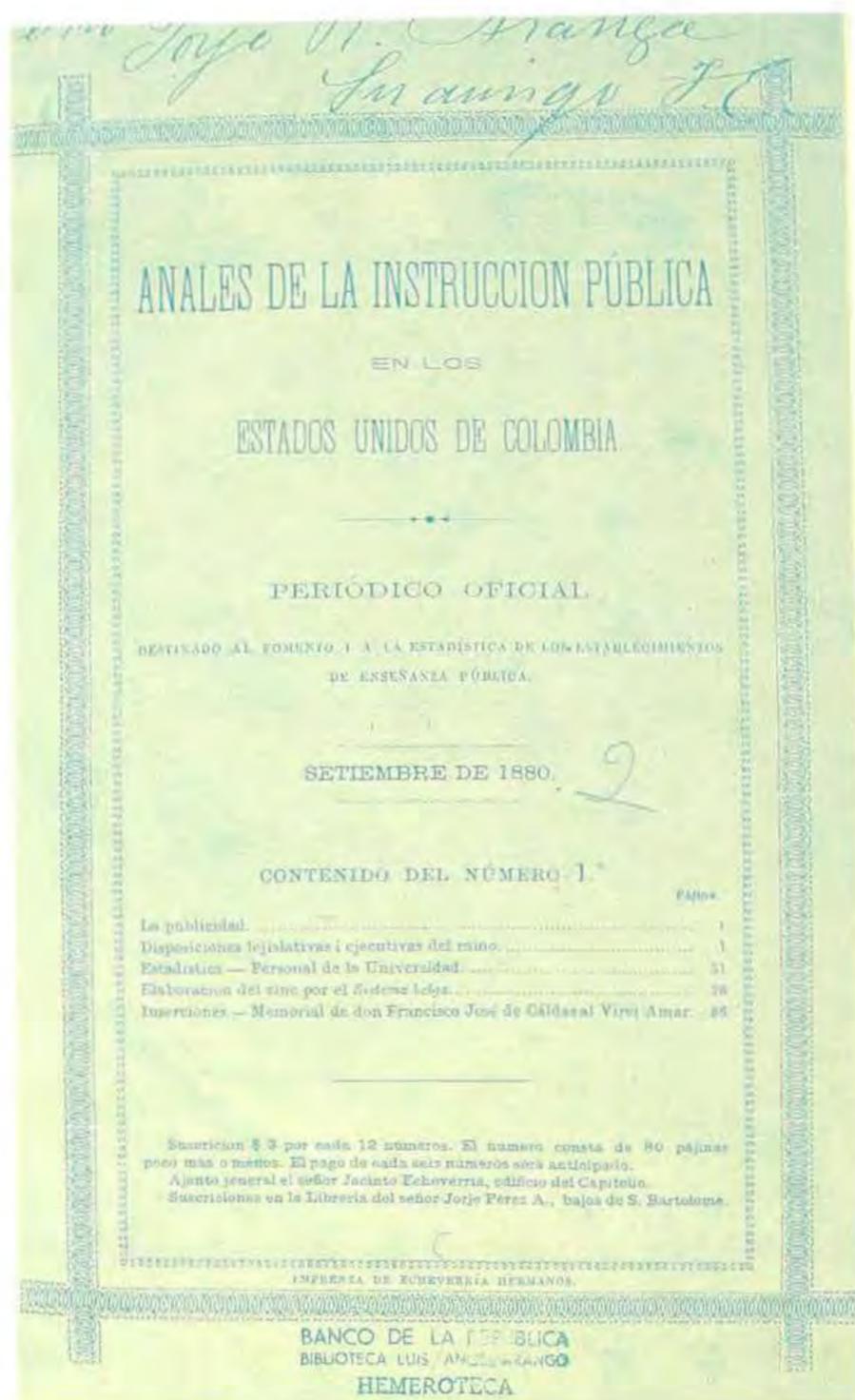
Primer número de La Escuela Normal, 1871.

La hostilidad de la Iglesia, que mantenía tan férrea autoridad sobre la población, la inexistencia de un gobierno central fuerte y la falta de recursos fiscales del Estado dieron al traste con el proceso de la reforma. Los gobiernos de la Regeneración se encargarían de dismantelar lo que quedaba de ella, al suscribir el régimen concordatario que consagraba la subordinación del Estado a la Iglesia en materia educativa, como lo señala este aparte del artículo 12: "En las universidades y colegios, en las escuelas y demás centros de enseñanza, la educación e instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la Religión Católica"³.

No obstante, los reformadores del 70 consiguieron realizaciones importantes: la misión alemana contratada para tal fin organizó escuelas normales masculinas y femeninas en todos los estados; entre 1870 y 1876 La Escuela Normal, revista bisemanaria y gratuita, publicó 3.000 ejemplares por entrega en donde tenían cabida las últimas corrientes pedagógicas y científicas de la época. Las escuelas normales, su revista y las revistas Anales de Instrucción Pública y Anales de la Universidad infundieron en algunos sectores una mística educativa ilustrada que se opondría al modelo confesional de la Regeneración.

En el seno de una familia antioqueña proveniente de esta tradición nació Luis Tejada en 1898. Sus mayores se dedicaron a la publicidad de las ideas progresistas a través de la educación y el periodismo: Rodolfo Cano, su abuelo materno, fue director de la Normal de Antioquia entre 1877 y 1884; Benjamín Tejada Córdoba, su padre, de quien se dice que fue secretario privado del general Uribe Uribe, fundó diarios y colegios en varias poblaciones de la zona

³ *Ibid.*, pág. 279.



cafetera y defendió en sus artículos periodísticos el ideario positivista de razón, progreso y temperancia; María Rojas Tejada, su tía, conoció los Estados Unidos y Europa y fundó el primer kinder de Antioquia. Su tía materna María Cano fue la gran luchadora socialista. De los primeros años del futuro cronista existen datos que describen su camino en permanente contravía del establecimiento: según cuenta Lino Gil, el día del bautizo el cura encargado de la ceremonia se negaba a realizarla aduciendo que los padrinos eran liberales⁴; más tarde, su abuelo Rodolfo le enseñaría las primeras letras en las páginas del diario de oposición *El Espectador*, que dirigía Fidel Cano, también integrante de la familia; a los cinco años Tejada habría sido expulsado del colegio de los Hermanos Cristianos en Medellín, por lo cual su tía María Rojas debió encargarse de continuar con su educación; finalmente, después de una temporada en Yarumal, Tejada regresó a Medellín en 1912 para ingresar a la Escuela Normal de Institutores de Antioquia, donde esperaba continuar con la tradición pedagógica de su familia.

Para entonces, lejanos los tiempos de la reforma radical, la Normal contaba ya 27 años bajo la tutela conservadora. El reglamento aprobado en 1910 prohibía, entre otras cosas, tener en el establecimiento "discusiones sobre política" o "novelas de cualquier género que sean, u ocuparse en su lectura"⁵. Tejada mismo da una idea del ambiente que se vivía en el claustro, al recordar al

⁴ Lino Gil Jaramillo, "Luis Tejada, pequeño filósofo de lo cotidiano", en *Tripulantes de un barco de papel*, Medellín, Ed. Beta, pág. 106.

⁵ Véase María Cristina Orozco-Gilberto Loaiza, *Vida y obra de Luis Tejada. Ensayo y anexos*. Tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional, 1990, pág. 82. Esta rigurosa investigación ha sido de primordial importancia para este trabajo.

prefecto Manuel Sierra como "un intransigente sacerdote, que disponía a su amaño de profesores y discípulos y aborrecía sistemáticamente todo lo que fuera iniciativas individuales, libros nuevos, teoría distintas, todo lo que trajera un sello moderno y fecundo" ⁶.

Para aspirar al grado, en 1916, Tejada presentó una tesis que tituló "Métodos modernos", en la que recogía los lineamientos de la Escuela Activa o Escuela Nueva de Ginebra (Ferrière, Pieron, Piaget), que Agustín Nieto Caballero trataba de implantar en el Gimnasio Moderno desde 1914. La Escuela Nueva planteaba "La urgencia de cambiar la didáctica de la enseñanza, de sustituir el viejo sistema de aprender de memoria en textos escolares deficientes por el aprendizaje basado en la actividad y la observación" ⁷; cuestionaba, además, los procedimientos de la escuela tradicional que constituían toda una puesta en escena del sometimiento de los individuos a los esquemas de autoridad, como sucedía en los famosos exámenes públicos, que los ancianos de hoy en día recuerdan aún con malestar. Con la nueva pedagogía se pretendía, según Tejada, implantar "la Escuela alegre, libre, sana, la Escuela bulliciosa y feliz, donde el niño sea como un rey rubio y pequeño y no como un esclavo entristecido" ⁸.

Tanto los partidarios como los detractores de los nuevos métodos eran conscientes de la importancia del sistema educativo como pieza fundamental del engranaje social. La Iglesia sabía que su hegemonía ideológica dependía del mantenimiento del control del aparato educativo; por eso monseñor Rafael María Carrasquilla, desde su púlpito del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, lanzó su ataque contra los métodos modernos: "Poner en manos de los jóvenes que se educan para maes-

Monseñor Rafael María Carrasquilla.



⁶ Luis Tejada, "El Dr. Pedro P. Betancourt", en *Mesa de redacción*, Medellín, Ed. Universidad de Antioquia, 1989, pág. 36.

⁷ Jaramillo Uribe, *op. cit.*, pág. 284.

⁸ "El Dr. Pedro P. Betancourt", en *Mesa de redacción*, pág. 35.

tros, toda clase de obras católicas y heterodoxas, sanas y venenosas, para que ellos formen su criterio es, para usar de la frase más suave que encuentro, una gravísima imprudencia" ⁹.

Como era de esperarse, la tesis de Tejada fue finalmente rechazada gracias a la intervención del celo teológico. Años más tarde, durante su gobierno, el presidente Ospina presentaría un proyecto educativo similar a consideración del congreso, que también fue rechazado.

Una vez cerradas las puertas de la docencia, Tejada decidió dedicarse al periodismo. En adelante mantuvo presente que mientras la educación de los colombianos continuara en manos de la Iglesia, ésta se encargaría de reproducir el dogmatismo y la intolerancia de su modelo educativo. Aunque comprendió que era inútil aspirar a la separación entre Iglesia y Estado en materia educativa mientras éstos participaran de los mismos intereses, no dejó de denunciar el concordato como un contrato que atentaba contra la soberanía del poder civil. En 1919, a raíz de una intromisión del arzobispo antioqueño en los asuntos de la Universidad de Antioquia, escribió: "organizar y dirigir la instrucción pública de acuerdo con la Religión Católica, reconocer a los ordinarios el derecho de inspección en lo que se refiere a la Religión y a la moral, no quiere decir que a un alumno se le puede privar de su derecho de pensar, porque eso no puede ser materia de contrato, porque la Carta Fundamental dice que 'nadie será molestado por razón de sus opiniones religiosas, ni compelido por las autoridades a profesar creencias ni a observar prácticas contrarias a su conciencia'" ¹⁰. Tampoco dejó de insinuar la responsabilidad que la educación conservadora podría tener en el ejercicio de la violencia. Citó estadísticas que demostraban que el mayor número de crímenes en Antioquia eran cometidos por agricultores

Luis Cano, director de El Espectador en los años en que Tejada estuvo vinculado a ese diario.



* Citado por Víctor Bustamante en *Luis Tejada*, Medellín, Ed. Babel, 1994, pág. 44. Esta biografía presenta abundante información, pero prescinde sistemáticamente de la referencia exacta de sus fuentes.

¹⁰ "A golpes de cayado", en *Mesa de redacción*, pág. 52.

alfabetizados, justamente "ese gremio huraño y alejado" que constituía el baluarte más fuerte del catolicismo. "Si verdaderamente la educación oficial fuera eficaz —argüía Tejada—, allí habrían tenido oportunidad de enderezar sus instintos incipientes hacia el bien" ¹¹. En el caso colombiano, Tejada aprovechó argumentos de este tipo para desprestigiar la educación conservadora, pero en lo concerniente a la situación mundial, tuvo que reconocer el fracaso del proyecto positivista que sus padres, y él mismo, habían acogido. La fe en la ciencia, en el progreso material acompañado de la perfección moral del hombre, resultaba infundada ante las atrocidades de la contienda: "Puede afirmarse que la educación moderna ha fracasado en sus fines esenciales —sentenció Tejada lacónicamente en 1920—. La ilusión magnífica de elevación espiritual, de fraternidad y de redención del mundo por medio de la Escuela, que acariciaron los apóstoles teóricos a la manera de Zola y los apóstoles prácticos como Froebel; la ingente labor para obtener un tipo humano que encarnara el modelo presupuesto por los idealistas, cumplida desde Pestalozzi hasta la señora de Montessori, ha fracasado en su gran objeto: el hombre es hoy tal como lo ha sido siempre" ¹². En lo sucesivo, Tejada se abstendría de creer en la redención del hombre por medio de la educación. Su decidida profesión de fe en el socialismo sería lo único que posteriormente lo haría abandonar cierta razonable reserva de incredulidad.

II. CRITICA CRONICA

La modernidad

Es tal vez en sus apreciaciones acerca de lo rural y lo urbano donde primero se advierte en Tejada una percepción moderna de la realidad, diferente de la visión señorial y provinciana de un Tomás Rueda Vargas o un Clímaco Soto Borda. Lo que más molesta de los pueblos a Tejada es su monotonía y su hermetismo a toda idea "amplia y nueva": "Así, el caserío prosigue su existencia, igual, soñolienta, bajo el peso de prejuicios invencibles, entregado a la autoridad obtusa y omnipotente de un alcalde y a la ídem, ídem, de un santo cura de almas" ¹³. La ciudad, en cambio, con su "ruido urbano de transeúntes y de automóviles, de voceadores de periódicos y de impertinentes relojes públicos, de carretas chirriantes, de todo eso que bulle y ronronea constantemente en las calles y en las plazas, en las oficinas y los almacenes" representa para el cronista un "ambiente tutelar, humano y cálido" que la naturaleza, "esa entidad monstruosa y taciturna que no comprendemos ni nos comprende", le niega ¹⁴. Cambiar de lo rural a lo urbano era para Tejada como pasar de un mundo antiguo a uno nuevo; en realidad, así era. Después de la primera guerra mundial el crecimiento urbano marcó el tránsito del país agrícola al país industrial. El desarrollo industrial se encargó de acentuar el potencial productivo de las formas capitalistas de trabajo que la expansión cafetera había desplegado en algunas zonas desde finales del siglo XIX. Tejada comprendió que la modernización del país tenía su centro en la expansión de la vida urbana. Por eso, mientras otros continuaron escribiendo la "apología de la campiña" —como él la llamó—, Tejada se dedicó a crear la crónica de las nacientes ciudades en las que, pese a su propio entusiasmo, faltaba mucho para que prevaleciera el ruido de los automóviles sobre el chirrido de las carretas.

En *Las grandes ciudades y la vida anímica*, Georg Simmel observó que "la base psicológica sobre la que se levanta el tipo de las individualidades de la gran

¹¹ "La educación y la criminalidad", en *Mesa de redacción*, pág. 80.

¹² "La eficacia de la educación", en *Mesa de redacción*, pág. 132.

¹³ Luis Tejada, "El pueblo", en *Gotas de tinta*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pág. 35.

¹⁴ "Distribución de la vida campesina", en *Gotas de tinta*, pág. 112.

ciudad es la *intensificación de la vida de los nervios*, que emerge del veloz e ininterrumpido cambio de las impresiones internas y externas" ¹⁵. Esta *intensificación*, que ya había sido señalada por Baudelaire y que le había llevado a adoptar la forma del poema en prosa para darle expresión, hizo que Tejada imprimiera a su prosa un léxico y una celeridad rítmica que le permitieran dar cuenta de la velocidad, la multitud de sensaciones, de breves sucesos que acontecían en la calle: "ir en pos, quizá, de alguna elegante pareja de damas pulcramente ataviadas, contemplando el cabrilleo de las sutiles medias de seda sobre los finos tobillos, mirando cómo el sol irisa la suave pelusilla de los cuellos rubios o morenos. Pasa un coche tintineando. Un joven de boina va sobre un jamelgo, trotón, colimocho. Se oye el fofofeo de un automóvil, y de pronto, una voz argentina atraviesa la calle y dice: ¡Hasta mañana!" ¹⁶. No obstante el vivaz registro que hace del trajín callejero, a juicio del cronista, para una completa inmersión en la moderna vida urbana, a las ciudades colombianas aún les hacía falta actividad en las noches y vitrinas en las avenidas comerciales. Se entusiasma con un concurso de escaparates promovido por la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, "pero aún nos falta mucho —dice—, falta sobre todo la uniformidad continua: hay una vitrina aquí, otra allá a la media cuadra, después de un trayecto de sombra pavorosa, y la tercera está quién sabe dónde" ¹⁷. En cuanto a la noche, en una de sus *Gotas de tinta* pregunta: "¿Qué más hace aquí la gente por la noche? Los cafés, o lo que sea, se cierran a las diez. El teatro, si lo hay, se termina a las once. ¿Y después? Después, diréis, claro, ¡a dormir! Y resulta que este pueblo patriarcal, tierno y sencillo es ya uno de los últimos pueblos sobre la tierra que emplea la noche para dormir" ¹⁸.

A pesar de captar todo el hormigueo de la vida urbana, Tejada fue enfático en defender el ocio y el vagabundeo como actividades eminentemente contemplativas y esencialmente intelectuales: "En este siglo activo en que se ha proclamado la estúpida fórmula de 'el tiempo es oro', esos vagabundos de los parques son los únicos que han sabido heredar la aristocracia espiritual griega y el amor al santo ocio griego" ¹⁹. Este elogio del vagabundo, con su crítica explícita al utilitarismo, deja entrever la influencia de Rodó. El maestro uruguayo, lectura obligada entre los jóvenes de la época, había criticado la *nordomanía* cada vez más patente en los países latinoamericanos. El mayor defecto que señalaba de la civilización norteamericana consistía en su obsesión por no perseguir "otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales"; con ese tono aleccionador con que se dirige a sus discípulos, Próspero, el personaje del *Ariel* (1900), decía a la juventud de América lo que debía hacerse con los norteamericanos: "Clasificaremos dentro del Evangelio en que debe iniciarse a aquellos trabajadores sin reposo, toda preocupación ideal, todo desinteresado empleo de las horas, todo objeto de meditación levantado sobre la finalidad inmediata de la utilidad" ²⁰. De Rodó tomó Tejada, aunque con más audacia, el sentimiento antinorteamericano y el antiutilitarismo. No estaba tan seguro, como afirmaba Rodó, que un utilitarismo bien concebido pudiera ser apenas un "período transitorio necesario para preparar la florecencia de idealismos futuros" ²¹. Pronosticó, en cambio, con una penetrante visión del porvenir, que el mundo civilizado, progresista a la manera norteamericana, conduciría al ciudadano a sentirse "acorralado, emparedado, momificado". Es por eso que en 1922, cuando sube al poder Pedro Nel Ospina, abanderado de la modernización y el progreso, Tejada recibe al nuevo gobierno con sus "Meditaciones extravagantes acerca de la libertad y el progreso", que comienzan diciendo: "Muchos ciudadanos ilusionados creen que hoy empieza para el país una era de

¹⁵ Citado por Rafael Gutiérrez Girardot en *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, F. C. E., 1987, pág. 85.

¹⁶ "Jaculatoria primaveral", en *Mesa de redacción*, pág. 73.

¹⁷ "Las vitrinas", en *Mesa de redacción*, pág. 99.

¹⁸ *Mesa de redacción*, pág. 75.

¹⁹ *Mesa de redacción*, pág. 93.

²⁰ José Enrique Rodó, *Ariel*, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1980, pág. 80.

²¹ *Ibid.*, pág. 48.

GOTAS DE TINTA

Luis Tejada

BIBLIOTECA
BASICA
COLOMBIANA

Gotas de tinta de Luis Tejada, compilación de sus artículos publicados bajo este título en El Espectador.

progreso efectivo. Es posible que así sea. Pero no faltará quien, demasiado retrasado o tal vez demasiado futurista, vea con cierto terror esa próxima inundación de progreso, que traerá sin duda un odioso e inconfundible sello norteamericano". Sin duda Tejada se sentía aquí más futurista que retrasado, no en vano era constante impulsor de lo moderno, sólo que se guardaba de identificar su idea emancipadora de lo nuevo con la normatización de la vida cotidiana a que conducía el progreso, porque "todo progreso, moral o material, entraña una idea de orden, y toda idea de orden es un atentado directo e inmediato contra una libertad"²². Se entiende entonces que, ante la tentativa de las autoridades por clorificar el agua de Bogotá, Tejada reaccione irónicamente condenando la "tiranía de la higiene" y pidiendo que no "conviertan el agua

²² *Gotas de tinta*, pág. 103.

dulce y bondadosa en medicina insoportable, con olor a cosas enfrascadas de botica" ²³.

Esta defensa de la libertad —a la que Tejada define como "desorden instintivo"—, junto con algunas proclamas que anuncian el triunfo de los bárbaros sobre una sociedad demasiado vieja, remiten al tono irracional y anarquista de los futuristas italianos. Es donde aparece el Tejada que canta la belleza de las máquinas y la guerra; el que llega a afirmar: "estoy convencido hasta el fondo de mi alma de que la violencia sin restricciones es el único método eficaz de imponer un ideal"; el que escribe "La canción de la bala" ²⁴ que evoca aquel poema en que Maiakovski brinda la palabra al camarada Máuser. Esto no significa necesariamente que Tejada hubiera adherido de modo incondicional al mesianismo tecnológico y bélico al que llegaron los italianos. Revela, sí, que Tejada acusó el influjo de esta primera ola vanguardista interpretándola según su propia perspectiva. Lo que importa destacar ahora es cómo este espíritu agresivo y provocador, al mezclarse con una actitud irónica y humorística, configura una visión auténticamente moderna del proceso que vivía el país de comienzos de siglo, con sus contradicciones específicas. El cronista que celebra la belleza de "las cosas nuevas y pulidas" y la poesía de "las cosas de acero y de hierro"; que encuentra en la luz artificial "cierto poder mágico que aprestigia las cosas" y que sostiene que el amor al lujo "es efecto de la perfección y la evolución de la carne hacia la espiritualidad suprema", es el mismo que opone a las "maquinarias iracundas" la experiencia pura y "eglógica" de sembrar y recoger con las manos y que opone a los telares mecánicos el "encanto apacible y discreto de las pálidas mujeres bordando los encajes de sus dedos".

Julieta Gaviria, esposa de Luis Tejada (tomada de *Luis Tejada*, de Víctor Bustamante, Medellín, Editorial Babel, 1994).



²³ "La tiranía de la higiene", en *Gotas de tinta*, pág. 270.

²⁴ *Gotas de tinta*, págs. 258-259.

Al declarar sus enemistades y entusiasmos con respecto al progreso, Tejada pronunciaba su propia voz de modernidad, esa voz que Marshall Berman caracteriza por "su disposición a volverse contra sí misma, a cuestionarse y negar todo lo que se ha dicho, a transformarse en una amplia gama de voces armónicas o disonantes y a estirarse, más allá de sus capacidades, hasta una gama infinitamente más amplia"²⁵. La importancia de estas crónicas radica en dar expresión a las realidades que surgían en el país con la modernización; mientras Tejada se encargaba de incorporar todo el "aparato ruidoso y estupendo" de la vida moderna al horizonte simbólico de la cultura, la mayor parte de los escritores decidieron permanecer en las lindes de la campiña, o del modernismo, que para entonces representaba también otra forma del pasado.

La cola

La condición del individuo en esta nueva época no escapó al examen del cronista. En "El aburrimiento", una crónica de 1922, refiere la cuestión en términos similares a los del hastío baudeleriano: "En vano tratamos de romper esas murallas delicadas y poderosas que nos separan de los demás y penetrar tumultuosamente en las almas de los otros, para tranquilizarnos un poco y sentirnos al fin acompañados; pero no lo logramos nunca, porque los círculos fatales que nos rodean son infranqueables a toda amistad, a todo amor, a todo dolor, a toda alegría [...] El aburrimiento es la tristeza de sentirnos impotentes para integrar la cantidad de eternidad que hay en cada uno de nosotros a la cantidad de eternidad que hay en los demás"²⁶.

Antes, con ocasión de un viaje a su pueblo natal, Tejada había tenido oportunidad de experimentar lo que denomina el sentimiento de la reintegración: "Es la sencilla felicidad de verse otra vez colocado en su lugar, metido en el hueco único para que uno ha sido creado y fuera del cual no puede encontrar acomodo ni reposo, porque los demás huecos le quedan necesariamente demasiado anchos o demasiado estrechos"²⁷.

En estas crónicas, Tejada deja translucir una tensión interna: por una parte aborrece la monotonía de los pueblos y exalta el refinamiento urbano, y por otra deplora la soledad que se vive en las ciudades y reivindica la *naturalidad* pueblerina. En la época que se vivía, todo aquello que trajera un sello moderno parecía amenazar la ideología del proyecto conservador. No en balde monseñor Carrasquilla, en el texto citado, recordaba que "el Sumo Pontífice considera al modernismo, como un compendio de todas las herejías pasadas y presentes". En ese sentido, Tejada daba la bienvenida a todo aquello que sirviera para disolver "las instituciones carcomidas" y "las tradiciones evidentemente sagradas de una casta dominante"; el problema consistía en que la vida moderna, con sus descubrimientos científicos y sus adelantos tecnológicos, su producción industrializada, sus medios de comunicación y sus grandes ciudades, contribuía a socavar aquello que Tejada pretendía eliminar, pero le entregaba a cambio la existencia angustiosa del individuo de la modernidad.

En un ensayo sobre literatura colombiana de fines del siglo XIX, David Jiménez sostiene que ésta estuvo comprometida durante esa época en diferentes proyectos de modernización, desde el positivista que buscaba "un modo de conciliación con la ciencia y el progreso burgueses, asumiendo la tarea de celebrarlos y divulgarlos", hasta el que denomina propiamente modernista, "con sus claros

²⁵ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Ed. Siglo XXI, pág. 10.

²⁶ Mesa de redacción, pág. 321.

²⁷ "La isla desconocida", en *Gotas de tinta*, pág. 50.

signos de ruptura entre arte y vida moderna" ²⁸. Podría decirse que Tejada recoge, obviamente de manera contradictoria, ambos proyectos: su elección del tópico del retorno al terruño no puede ser más que transitoria; Tejada pertenece a la ciudad, por eso la celebra y, por eso mismo, se dedica a buscarle sentidos a la existencia en un mundo que perdía progresivamente sus antiguos valores. En "La cola", una de sus mejores crónicas, es donde Tejada alude con mayor fortuna a este asunto. Según cuenta Adel López Gómez, esta crónica nació de un comentario de Julieta Gaviria, esposa de Tejada. Decía ella en cierta ocasión que los perros colimochos no podían cruzar los puentes angostos; esta observación, que a Tejada le despertó "interés y sorpresa" ²⁹, le dio pie para comenzar una reflexión acerca de la angustia trascendental del hombre. La perfección de la vida de un caballo o un perro —sostiene el cronista— reside en "el sometimiento inconsciente y maravilloso a su destino". Pero el perro que ha perdido la cola, en cambio, es el ser "melancólico y chiflado por excelencia; ambulante y lleno de leves caprichos, parece que un eje secreto se ha roto en él, que falta a su vida una dirección precisa y ordenada, que su existencia ya no tiene razón de ser porque ha perdido su fin ideal. [...] Claro: el infeliz ha perdido el sentido del equilibrio intelectual, se ha desorbitado, es casi un hombre". Del perro sin cola pasa Tejada a hablar del hombre, que es en últimas el tema que le interesa: "el hombre es un animal loco e imperfecto; una ruptura primordial lo ha descentrado, lo ha dejado sonámbulo y errabundo dentro de la eternidad; lleno de apetitos incommensurables, de extraños anhelos, de torturantes cavilaciones"; la conclusión es evidente: "al hombre le falta una batuta, una palanca, un índice que guíe y sostenga su equilibrio; al hombre le falta la cola, cabo flexible y prodigioso que amarra la inteligencia loca a la realidad de la vida" ³⁰. "La cola" permite ilustrar la "visión cósmica del universo" que el humor otorga a las crónicas de Tejada, esa visión que él encontraba en la poesía de Vidales y que definió así: "No hay humorismo sino en la comparación de ideas, o de series de ideas, confrontándolas entre sí o asociándolas a pequeñas cosas de manera que determinen un contraste trascendental, que al encerrarlas dentro de un leve marco vulgar, nos den sin

Anuncio de la aparición del periódico El Sol publicado por José Mar y Luis Tejada (El Gráfico, 25 de noviembre de 1922).

— como cumplimiento una ceremonia mágica, a hacer prodigios de agilidad y taumaturgias de equilibrio.
Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó:
—¡Bravo, Miñón, bravo!
—¡Viva Miñón!

¡¡¡Obre Miñón!
Era su rescate. Lo que habría de llevarla a su desierto, a sus palmeras y a su aduar!
En sus ojos muy abiertos, como en asombro por los grandes dolores, ya no brillaban los crepúsculos del desierto.

Julia Vives-Guerra

Salte "El Sol"

Ya anda y vuela por esas calles el nuevo diario de la mañana que bajo el nombre de El Sol, acaban de fundar en nuestra ciudad esos dos buenos muchachos llenos de fe y de esperanzas que se llaman José Mar y Luis Tejada.

Suficientemente conocidos ya en los círculos intelectuales de dentro y fuera de la capital, ceñidas ya sus sienes revoltosas por anchos garjos de laurel conquistados en luchas periodísticas rápidas y fulgurantes, los dos jóvenes escritores a quienes todos queremos y admiramos, han dado un paso audaz y valiente al "formar rancho aparte" en este agitado vivir de nuestra prensa. Sin más armas ni más equipaje que sus plumas y sus cuartillas, vienen ellos a realizar una labor de juventud que habrá de ser, al mismo tiempo, destructiva y constructiva.
Bella y dura labor ésta, un poco cruel, un poco ingrata, a la



José Mar



Luis Tejada

postre, agotadora y casi siempre efímera, como toda labor periodística, pero que habrá de mostrar, a través de gestos agrios de inconformidad y rebeldía, todo el temple de dos almas nuevas, toda la convergencia de dos espíritus que se han asomado ya a las esquinas colinas del porvenir.

Y esto acaso, por sí solo, bastará para ennoblecere el paso de esos dos buenos muchachos por los ariscos campos del periodismo. Ellos van a darnos lo mejor de sí mismos, con un desinterés sin límites y un fervor sin des-

fallecimientos ni precipitaciones.
Hay mucho que hacer y que decir, en voz alta, en actitud resuelta, con un amplio gesto de comprensión. José Mar y Luis Tejada bien pueden hacernos oír acentos nuevos frente a la vida nueva. Que así sea... Y que los dos periodistas tengan muchos triunfos y alcancen la realización de todos sus mejores sueños...

²⁸ David Jiménez P., "Poesía modernista: Valencia y Castillo", en *Gran enciclopedia de Colombia*, t. IV, Literatura, Bogotá, Círculo de Lectores, 1992, pág. 141.

²⁹ Adel López Gómez, *Ellos eran así. Anecdótico de la literatura y de la vida*, Manizales, Ed. Pago a todos, 1966, pág. 259.

³⁰ "La cola", en *Gotas de tinta*, págs. 273-275.



General Benjamín Herrera quien auspició la publicación de El Sol (Colección tarjetas de visita de la Biblioteca Luis-Angel Arango).

embargo una sensación de infinito; así, al tocar las menudas cosas cotidianas, el poeta no pierde su situación eminente, su punto de vista universal y esencial" ³¹. Esta explicación de la visión cósmica del humorista atribuida a su capacidad de establecer correspondencias vincula a Tejada con la corriente de la poesía moderna identificada por la común creencia en la analogía como principio esencial de desciframiento de la realidad; dentro del recorrido que propone Octavio Paz en *Los hijos del limo*, la ironía y el prosaísmo con que Tejada aborda la orfandad trascendental del hombre en "La cola", lo llevarían a coincidir con poetas posteriores al modernismo, como López Velarde ³².

El país político

Desde sus inicios como periodista, Tejada lleva a cabo una intensa actividad como comentarista político. Durante su estadía en Barranquilla de 1919, dirigió con Pedro Rojas Pizano el periódico *Rigoletto*, donde se publicaba la Constitución de los soviets con el antetítulo "Nuevas ideologías" ³³. El interés por las ideas socialistas se acentúa en *El Sol*, que fundó en 1922, junto con José Mar, bajo los auspicios del general Benjamín Herrera.

La mayor parte de su crítica la escribió en *El Espectador*. Allí publicó su primera crónica en 1917 y sostuvo dos columnas: "Mesa de redacción" y "Gotas de tinta". En "Mesa de redacción", que formaba parte de la sección editorial del periódico, Tejada publicó sus análisis políticos y se consolidó como uno de los escritores más leídos del país. Para entonces, *El Espectador* completaba tres decenios de oposición al régimen conservador, orientando la opinión de los

³¹ "Un poeta nuevo", en *Gotas de tinta*, pág. 159.

³² Véase Octavio Paz, *Los hijos del limo*, capítulo IV: "Traducción y metáfora", Bogotá, Ed. Oveja Negra, 1985.

³³ María Cristina Orozco-Gilberto Loarza, *op. cit.*, pág. 22.

sectores más progresistas de la burguesía liberal y de la clase trabajadora que le era afín. De creer en la crónica en que Tejada comenta suspicazmente acerca de las suscripciones públicas a las que tenían que acudir los diarios conservadores para financiar su sostenimiento, habría que concluir que la prensa liberal disfrutaba de más popularidad que la prensa oficial: "La prensa mala adquiere preponderancia, se constituye en una fuerza social que influye definitivamente en el destino del país. [...] En cambio —y aquí está la gran paradoja— la prensa buena decae y llega a veces a situaciones precarias, hasta el punto de que haya que implorar la caridad pública para sostenerla a cierta altura"³⁴.

Tejada fue todo el tiempo un contradictor permanente del establecimiento, actitud que llegó a asumir con tanta propiedad como para permitirse ironizar un poco de ella: "Gasta uno toda su vida escribiendo cosas terribles contra el poder temporal y contra el poder espiritual, disolviendo ideas preconcebidas, atacando las tradiciones evidentemente sagradas de una casta dominante, combatiendo, demoliendo, poniendo las manos sacrílegas en los vetustos fetiches y en las instituciones carcomidas, ¿Y para qué todo eso? ¡Para que al fin ni lo fusilen ni lo condenen a prisión perpetua, ni siquiera lo destierren a uno!"³⁵.

Con la oleada modernizadora de los años 20 los conflictos de una nueva sociedad comenzaron a perfilarse más drásticamente. Es la época de los 25 millones de dólares que Estados Unidos entregó a Colombia como indemnización por el pleito de Panamá; de los trabajos de la Misión Kemmerer para organizar el sistema financiero; del auge de los movimientos obrero y estudiantil y de la propagación de las ideas socialistas. El desarrollo industrial y el crecimiento urbano permitieron el fortalecimiento de la clase media y la aparición de una clase obrera no muy numerosa pero activa políticamente. Ambos sectores, junto con la burguesía industrial naciente, comenzaron a presionar la ampliación del espacio político. Tejada entendió que los partidos tradicionales tenían que proponerse un urgente replanteamiento, ya que sus actos constitutivos carecían de toda vigencia: "La constitución de Rionegro y la del 86, venerables documentos que carecen hoy de íntima actualidad [...] consignaron en preceptos férreos y exclusivistas los viejos prejuicios, ya caducados y vencidos en el mundo, sobre la propiedad y la libertad: se concedió teóricamente a todos los hombres los mismos derechos, pero permitiendo que en la práctica sólo pudieran ser realmente libres y felices los ricos y los fuertes"³⁶. A pesar de que comprendía que el desarrollo requerido por la economía colombiana sólo era posible incentivando la producción industrial por encima de las rudimentarias modalidades de la producción agrícolas y ganaderas, Tejada no justificaba la explotación a que eran sometidos los trabajadores de las nuevas empresas: "La situación actual del trabajador colombiano no puede compararse por ningún aspecto con la de los trabajadores de cualquier centro industrial europeo, ni en la relación existente entre el salario que gana y el interés que produce el capital ni en las condiciones generales de vida"³⁷.

Los sectores que pugnaban por entrar al escenario político fueron captados por el liberalismo. En una carta de 1920, Luis E. Nieto Caballero, Eduardo Santos y Luis Cano expresaban al líder republicano Carlos E. Restrepo la necesidad de organizar "un amplio y robusto partido liberal, de ideas avanzadas y de orientación netamente generosa y reformista en materias sociales"³⁸. Frente a esta coyuntura, Tejada optaría decididamente por la vía socialista aunque, a decir verdad, demuestra tener ideas un tanto vagas de cómo podrían llegar a

³⁴ "La buena prensa", en *Mesa de redacción*, pág. 229.

³⁵ "Unamuno", en *Mesa de redacción*, pág. 213.

³⁶ "La acción social católica", en *Gotas de tinta*, pág. 132.

³⁷ "Los problemas sociales", en *Gotas de tinta*, pág. 181.

³⁸ Citado por María Cristina Orozco-Gilberto Loiza, *op. cit.*, pág. 90.

establecerse. En una crónica de 1920, muestra sentido práctico de la política al afirmar que en "la subdivisión natural de los partidos", el socialismo tenía que ocupar el espacio aún vacío de la extrema izquierda; pero en otra habla de organizar un sistema de distribución equitativa de la tierra garantizado por la práctica de "ciertos ideales primordiales que cooperen a hacerla posible, como la abolición total del uso de la moneda y la prohibición del libre comercio".

Nelson Osorio, en un trabajo en el cual esboza un diseño teórico del espacio intelectual de la vanguardia hispanoamericana, plantea dos hechos que determinan un nuevo orden internacional a partir de la primera guerra mundial: el predominio de los Estados Unidos en el control y manejo de los asuntos internacionales y el éxito de la Revolución Rusa que, por primera vez en la historia, concluye con la hegemonía de los dueños de los medios de producción en una nación. Estos hechos, observa Osorio, generaron en los países hispanoamericanos un movimiento contestatario de amplio espectro: "En muchos países la rebelión artística y el cuestionamiento de los valores culturales existentes se vinculan en mayor o menor grado a los impulsos de revolución social que movilizan a los sectores explotados"³⁹. Realizar un análisis a profundidad de los planteamientos políticos de Tejada en relación con el contexto nacional y con los movimientos de izquierda de otros países latinoamericanos escapa a la competencia de este estudio; lo que interesa señalar en este caso es que Tejada comparte con el resto de vanguardistas del continente los aspectos sustanciales de su crítica social: en lo económico, la denuncia del imperialismo norteamerica-

Mesa de redacción (compilación de la columna de Tejada que formaba parte de la sección editorial de *El Espectador*) donde realizaba sus análisis políticos.



Luis Tejada

MESA DE REDACCION

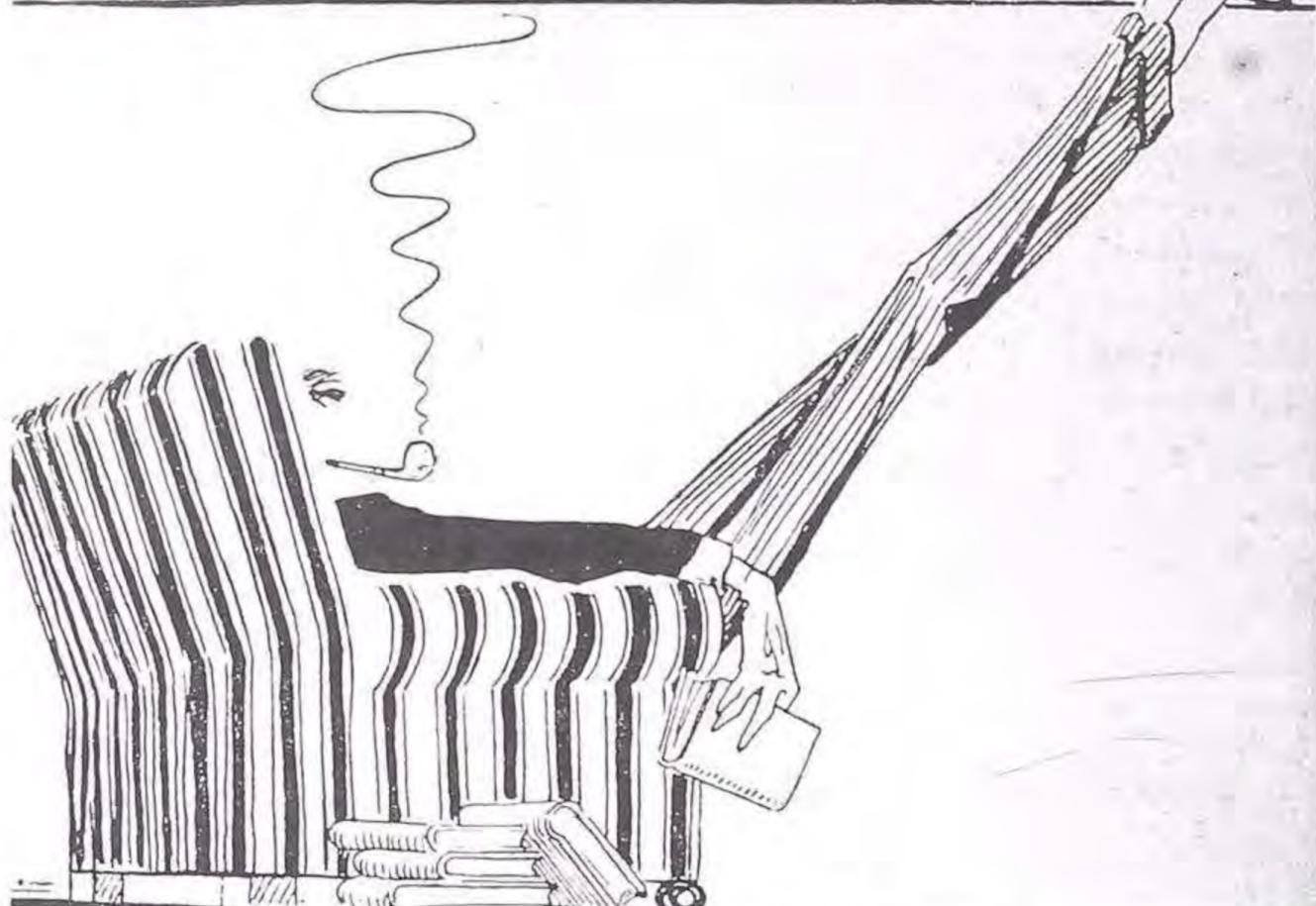
Recopilación, selección, prólogo y cronología:
Miguel Escobar Calle

Colección de periodismo
Universidad de Antioquia

Biblioteca Pública Piloto de Medellín

³⁹ Nelson Osorio, "Para una caracterización histórica del vanguardismo hispanoamericano", en *Revista Iberoamericana*, vol. 47 (114-115), enero-junio de 1981, pág. 230.

LIBRO
DE
CRONICAS



Libro de crónicas publicado en 1924. Con la ilustración de Rendón en la cubierta.

no (desde 1920 Tejada venía denunciando los desmanes de la United Fruit en Magdalena⁴⁰); en lo político, la opción por la vía socialista; y en lo literario, la ruptura con el modernismo, asunto que se verá enseguida.

La literatura

Para revisar las posiciones de Tejada respecto a la literatura colombiana de su época, conviene partir de un diagnóstico rotundo que él mismo postula: "Nuestra literatura es la más atrasada, la menos inquieta, vigorosa y fecunda del continente". Lo anterior lo afirma en "La gramática y la revolución", un texto que escribe para responder a las quejas de Marco Fidel Suárez sobre la falta de gramaticalidad en los jóvenes escritores. Sostenía Suárez que, tal como iban las cosas, no faltaba mucho para que se presentara un proyecto de ley mediante la cual se abolía la gramática, como había sucedido en la Comuna de París. Esos comentarios le dan oportunidad a Tejada de expresar sus opiniones acerca de la juventud y la literatura colombiana del momento, y acerca de los nexos que veía entre la revolución social y la subversión de la gramática: "No puede eliminar la gramática, una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas; porque toda conjunción imprevista de palabras, que se salga de los moldes gramaticales, significa la existencia de una idea nueva, o al menos, acusa una percepción original de la vida, de las cosas. Por eso en las

⁴⁰ "La United Fruit", en *Mesa de redacción*, pág. 59.

épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias". Con eso último Tejada se refería a los futuristas rusos, quienes "habían eliminado totalmente la ortografía clásica y la gramática de la época zarista" ⁴¹. Puede afirmarse, sin duda, que fue Tejada quien llegó a formular más fervorosamente en Colombia la alianza de rebelión artística y revolución social propia de las vanguardias; durante su estadía en Barranquilla entró en contacto con el grupo de la revista Voces (1917-1920), que había publicado traducciones de Hoffmannsthal, Reverdy, Apollinaire y comentarios sobre las vanguardias europeas (el número 42 está dedicado a la vanguardia poética europea); en Bogotá participó en esa fugaz empresa de espíritu subversivo que llevaron a cabo "Los arquilókidas", en cuyos manifiestos se execró la obra de los integrantes de la generación del Centenario ⁴². ¿Por qué no se concretó aquí un movimiento de vanguardia? ¿Qué pasó con estos amagos iconoclastas? Estas preguntas, carentes de interés durante largo tiempo, parecen estar cobrando sentido en la actualidad. Podría decirse lo que ya se ha dicho: la rebelión artística se esfumó junto con las intenciones de hacer la revolución social. "Los arquilókidas", por ejemplo, entrarían finalmente a usufructuar el poder que habían cuestionado; igual sucedió con Los Nuevos: todos fueron entrando en contubernio con los centenaristas, excepción hecha de Vidales, Zalamea y de Greiff. Lo interesante es advertir cómo, desde entonces, se ha venido destacando tesoneramente la obra de los que ingresaron al poder, en perjuicio de quienes —como Tejada— lo fustigaron. (Basta con mirar las "Lecturas Dominicales", de "El Tiempo", que tantas veces parecen un suplemento de la generación del Centenario, asociados e hijos). Este es un asunto que Tejada no llegó a presenciar. Antes de su muerte, en 1924, alcanzó, no obstante, a formular una serie de planteamientos que constituyen lo más cercano a un proyecto de vanguardia que se haya postulado en Colombia durante la época.

Entre esos planteamientos cabe destacar la crítica al modernismo. Para Tejada la estética modernista constituía para entonces una vía agotada, y no pensaba únicamente en el caso colombiano: la crónica que dedica a Darío termina con la frase "Rubén Darío, que en paz descanse". En esa exhumación de restos, como la llama, el cronista trata de fijar la actitud de las nuevas generaciones ante la obra del padre del modernismo. Sostiene que si bien la obra de Darío tiene un valor idiomático por haber infundido a la lengua, "oprimida y petrificada dentro de los rígidos moldes tradicionales", una flexibilidad y una ligereza que antes no poseía, carece de valor poético para las generaciones "avancistas" interesadas en influencias más activas y más recientes. Concede que hubo un momento en que Darío interpretó la psicología de la raza mulata, pero insiste en que para entonces la nueva América no alcanza más a reconocerse en esa "admiración pueril" del mármol, el oro y la seda, que creía que el refinamiento "consistía en rodearse de lujo fastuoso y alimentar todas las concupiscencias hambrientas después de una milenaria abstención" ⁴³. Tejada también injusticia a Darío —y de paso al modernismo— en la crónica dedicada a presentar a Luis Vidales, en la cual aparece nuevamente señalado el anacronismo de la literatura colombiana: "Nuestra lírica, sobre todo, está retrasada cincuenta años, se hacen versos, más o menos como lo hacían a fines del siglo pasado. Baudelaire, Verlaine y el bueno de Rubén Darío, que en paz descanse".

⁴¹ "La gramática y la revolución", en *Gotas de tinta*, pág. 322.

⁴² Véase Gilberto Loaiza Cano, "Los Arquilókidas", en *Revista Universidad de Antioquia*, núm. 233, julio-septiembre de 1993, págs. 72-78.

⁴³ "Rubén Darío, R.I.P.", en *Gotas de tinta*, pág. 164.

Tejada fincó en Vidales sus esperanzas de llegar por fin a conectar la poesía con el mundo "conmovido y maravilloso que va en marcha hacia adelante". En este texto es donde se da la definición del humorismo antes citada y donde se caracteriza con certera precisión el gusto poético que prevalecía y seguiría prevaleciendo por tanto tiempo: "Sé que sus versos [los de Vidales] no irán a gustar todavía a esa gran masa de público rutinizada en el viejo sonsonete parnasiano, sin alma y sin médula, que nos dan diariamente los que confunden la belleza con la sonoridad vacua y pretenden hacer poesía escalonando adjetivos arquitectónicamente, o decorativamente, como se escalonan baldosines de colores" ⁴⁴. La crítica apunta al público lector y a los escritores: al público, acusándolo de ver en la poesía, no la expresión original y reveladora de un individuo, sino, más bien, una distracción galante; a los escritores, reprochándoles su inmunidad a toda inquietud renovadora, su sensibilidad atrasada disfrazada de circunspección clásica ⁴⁵.

Justamente para rebatir esa concepción de lo clásico, escribe Tejada su crítica contra Marco Fidel Suárez, calificado por Antonio Gómez Restrepo como "el más clásico de los prosistas colombianos". El concepto de lo clásico que defendía Gómez Restrepo partía de un criterio de autoridad disfrazado de espíritu nacional: "Los escritores debían no olvidar que el espíritu nacional ama la claridad, la proporción, el orden, en una palabra, que sobre un fondo romántico, guarda aficiones clásicas, como es natural en quien ha tendido por maestro a Caro y Cuervo" ⁴⁶. El concepto de Tejada es diametralmente opuesto y plantea entre líneas un alegato contra el crítico oficial de la república de las letras: "Lo verdaderamente clásico es lo más opuesto a toda imitación servil; el clásico es más bien el creador; el que tiene una interpretación original de la vida y de las cosas y la encierra dentro de formas también originales; el que saltando sobre la gramática liberta a un idioma de las rígidas cadenas tradicionales". Al referirse a Suárez en este texto, Tejada hace una radiografía del sistema ideológico de Gómez Restrepo y de toda la crítica dogmática y conservadora: "Al ir a examinar los hombres y las cosas no puede desembarazarse de los prejuicios metafísicos y de los prejuicios gramaticales, y por eso sus conclusiones respecto a lo que va a analizar están tomadas de antemano, preconcebidas; no nos dará nunca una solución inesperada, ni nos sorprenderá con una teoría que no hayamos ya visto u oído en su esencia; se limita a admirar el pasado" ⁴⁷. Se entiende entonces que Tejada exclame: "¡Dios me guarde de los versos perfectos!"; que confiese su preferencia por los versos "un poco descoyuntados, pero vivos y que vengan formados de palabras, no exóticas sino simplemente imprevistas; o que sostenga que "ya es tiempo de torcerle el cuello a la música" ⁴⁸. Su reacción contra la gramática y la sonoridad tradicional expresa la necesidad de una poesía basada en un sentido de la actualidad y de lo cotidiano en la que el paraguas y el verso libre participaran del valor que hasta entonces habían merecido las flores y las rimas.

La estética que Tejada insinúa contiene elementos propios de las primeras vanguardias, como el culto al movimiento y al instante. Dice del movimiento que "llena de alma y de belleza las cosas, las conmueve y las dignifica, las arranca a la existencia relajada de la materia inerte para incorporarlas a la vida rítmica del universo" ⁴⁹; y, en un texto a propósito de la literatura, dice del instante: "Para el escritor la posteridad ya no existe. Existe el instante: dediquemos nuestra obra al Día, no al Tiempo, porque el Tiempo, en esta era tumultuosa, ha perdido su

⁴⁴ "Un poeta nuevo", en *Gotas de tinta*, pág. 159.

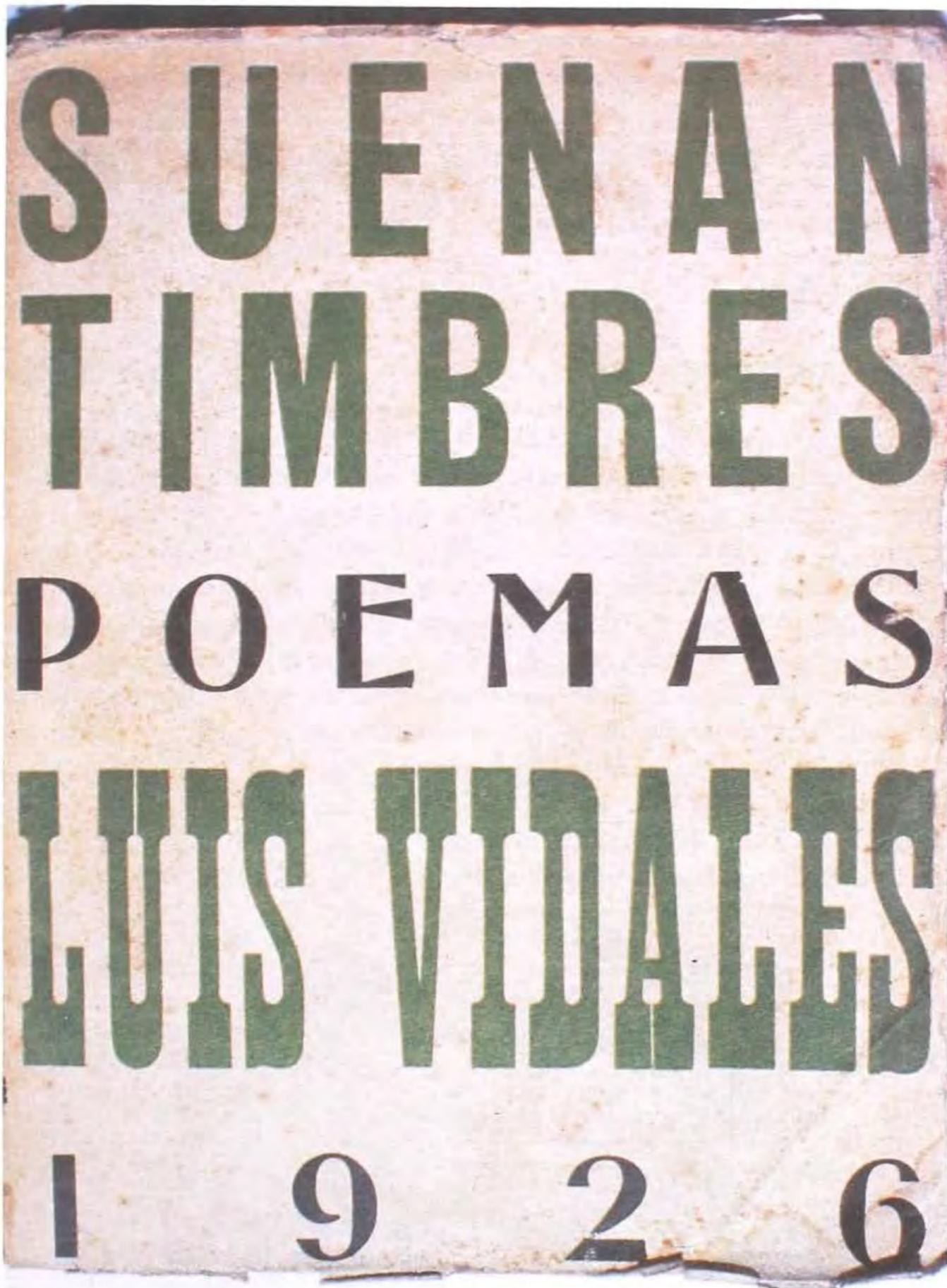
⁴⁵ En 1920 el poeta mexicano José Juan Tablada estuvo en Bogotá hablando sobre el futurismo. Tejada comentó al respecto: "Nadie tomó en serio las teorías del poeta mejicano, ni se estudió a fondo lo que ha sido aquel movimiento que en Europa está siendo eclipsado por otros aún más revolucionarios o extravagantes". "El futurismo", en *Mesa de redacción*, pág. 269.

⁴⁶ "Breve reseña de la literatura colombiana", en *Literatura colombiana*, Bogotá, Ed. ABC, 1952, pág. 129.

⁴⁷ "El concepto de lo clásico", en *Gotas de tinta*, pág. 74.

⁴⁸ "Los versos", en *Gotas de tinta*, pág. 283.

⁴⁹ "La bailarina", en *Gotas de tinta*, pág. 375.



Suenan timbres, poemas de Luis Vidales, 1926.

calidad de eternizar las ideas" ⁵⁰. La conjunción, en un objeto determinado, de lo móvil y lo instantáneo origina el efecto de belleza pretendido por Tejada, que uno de sus modelos denominó como "dynamismo agudo de la sensación" ⁵¹. Tejada encontró que las llamas poseían la movilidad instantánea de los objetos poéticos que intuía; por eso escribió una crónica con ese nombre en la que hizo su propia aproximación al asunto: "Para hallar algo verdadero y delicadamente conmovedor en la Naturaleza, hay que buscarlo en los matices efímeros, en los escorzos ligeros, en todos esos menudos hechos que nadie advierte pero que encierran a veces una belleza extraña y sutil". Al final presenta algunas sugerencias para escribir el poema de "las pequeñas llamas misteriosas que alientan un instante a nuestro lado, o pasan, intermitentes y fugaces, a lo largo de nuestra vida": "la llama blanca del fósforo que cae encendido y permanece un minuto recta, hierática y silenciosa, como una luz votiva"; "la llama azul del alcohol que al apagarse, lo hace súbitamente, con un golpe hueco y sonoro como el aletazo de un pájaro"; "las llamas terribles, que no

⁵⁰ "Un libro", en *Mesa de redacción*, pág. 68.

⁵¹ De un ensayo que escribió Ramón Vinyes para *Voces*, en *Voces (1917-1920)*, compilación de Germán Vargas, Bogotá, Colcultura, 1977, pág. 54. Tejada menciona a Dermée en algunos textos.

olvidaremos nunca, de los disparos vistos en la oscuridad"; "la menuda llama ligera, inocente y juguetona de la mecha de una mina"; y "la llamilla moribunda, caída y aceitosa, que se extingue un momento para renacer milagrosamente" ⁵².

Esta concepción poética forma parte del conjunto amplio y renovador de concepciones acerca de la vida moderna que hace difícil encasillar la obra de Tejada en una esfera determinada de la crítica de la cultura.

III. LA CIRCULATURA DEL CUADRADO

El gusto por la paradoja

El título no es sólo un juego de palabras; a Tejada los juegos de palabras le resultaban triviales si no reflejaban lo que consideraba más trascendente: el juego de las ideas. El gusto por la paradoja como hallazgo de un sentido imprevisto de la realidad le viene —como él mismo confiesa en varias partes— de Chesterton, quien rindió testimonio de su inclinación por lo maravilloso en varios de sus ensayos: "Una cosa no puede ser completamente maravillosa en tanto que continúe siendo lógica. Mientras consideremos a un árbol como cosa obvia, natural y razonablemente creada para alimentar a una jirafa, no podemos maravillarnos cabalmente de él" ⁵³. En este contexto se explica la crítica que hace Tejada al realismo. Afirma que la novela realista es falsa porque, en su interpretación de la vida, no incluye lo inverosímil, "que es parte muy importante de la realidad". El fracaso de la novela realista radica, a su juicio, en su incapacidad de alimentar la imaginación y las esperanzas de los hombres

Dibujo de Luis Vidales realizado por Rendón.



⁵² "Las llamas", en *Gotas de tinta*, pág. 289.

⁵³ *Ensayistas ingleses*. Buenos Aires, Clásicos Jackson, t. 15, pág. 450.

de la época. Al racionalismo estrecho, minuciosamente verosímil del realismo, Tejada le opone un ideal que llevarían a cabo posteriormente los novelistas latinoamericanos del realismo mágico: "Expresar lo inverosímil dentro de lo posible. [...] En la vida hay mucho que es inverosímil, increíble, pero que puede perfectamente suceder a menudo. La vida es a veces sencillamente maravillosa, casi irreal. Dentro de la escala infinita de los acontecimientos, el prodigio (es decir: lo inexplicable) se produce con frecuencia, pese a nuestra estupefacción" ⁵⁴. Si la relación con el realismo mágico resulta forzada, basta confrontar lo que dice Tejada con la aproximación a lo maravilloso que formuló Carpentier tres decenios después: "Lo maravilloso comienza a serlo cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad" ⁵⁵.

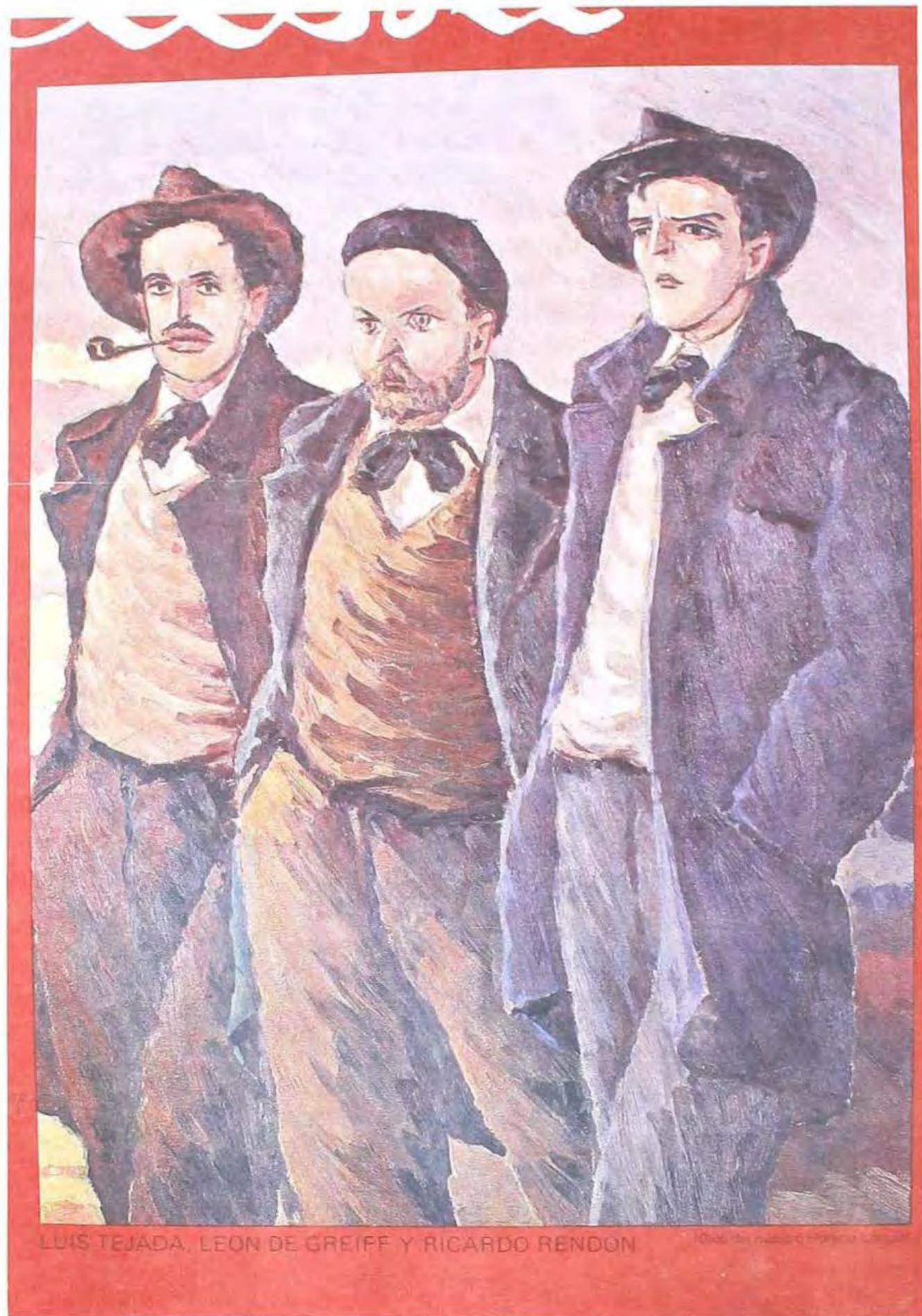
A la paradoja de la circulatura del cuadrado llega Tejada luego de intuir que la materia y el espíritu constituyen una misma sustancia, de la cual este último representa el estado más sutil. Aduce que la materia presenta cuatro estados caracterizadas geométricamente: el ángulo, el círculo, la espiral y la recta, cada uno de los cuales constituye un grado más elevado de espiritualización. Llama

Luis Tejada, dibujo de Franklin (El Tiempo, 28 de junio de 1978).



⁵⁴ "Los libros", en *Mesa de redacción*, pág. 165.

⁵⁵ Alejo Carpentier, prólogo a *El reino de este mundo*, 1949.



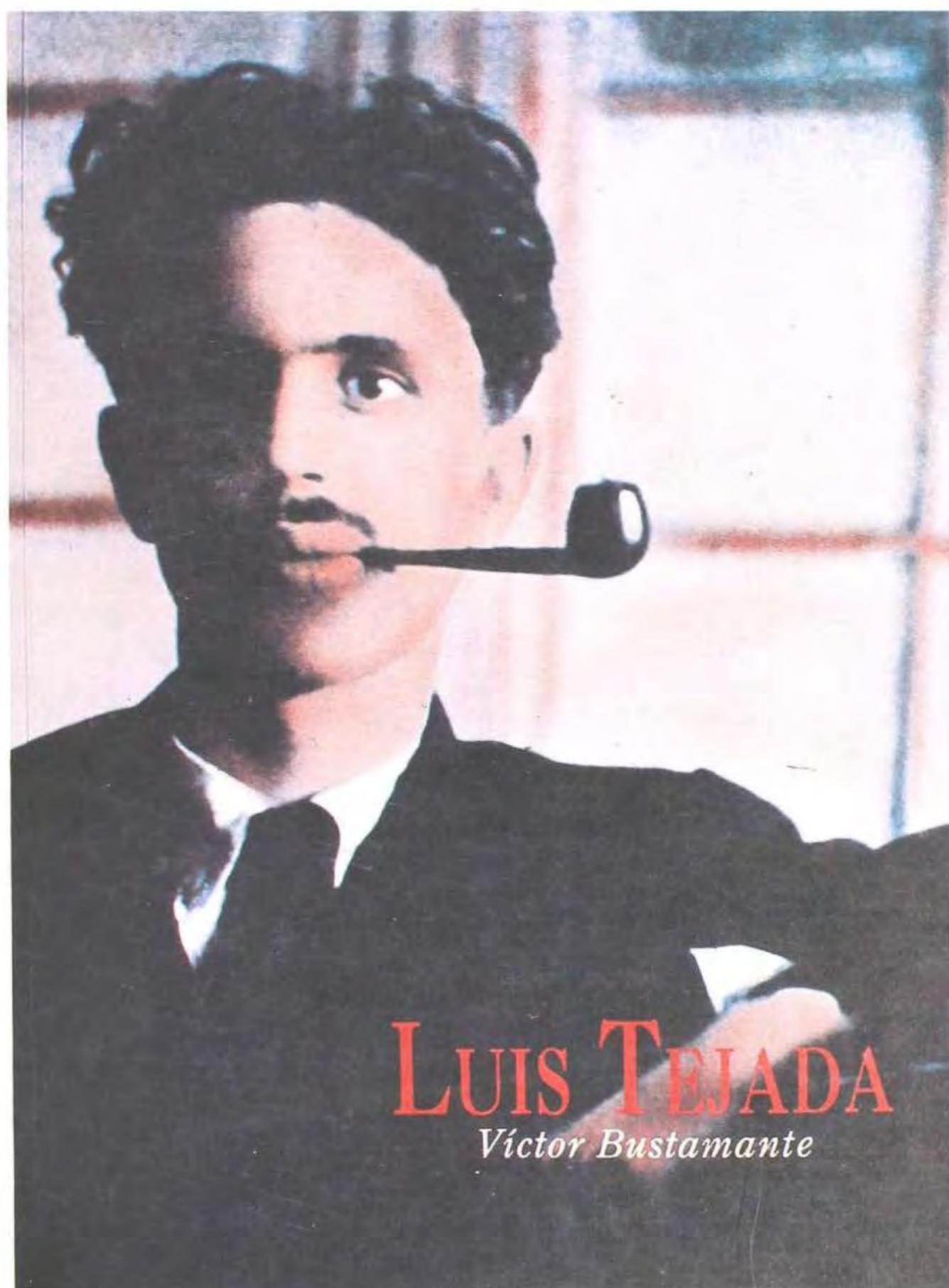
Cubierta del libro *Ricardo Rincón*, aparecen Luis Tejada, León de Greiff y Ricardo Rendón (Oleo de Horacio Longa).

"desangulación" al paso que conduce de la etapa del ángulo a la del círculo, lo describe y acto seguido plantea la paradoja: "Un cubo girando alrededor de su eje llegará a convertirse en esfera, y cada uno de los cuadrados superpuestos que constituyen ese cubo se convertirá en círculo. Y ahí tenéis como, si parece imposible hallar la cuadratura del círculo, quizá no lo será tanto encontrar teóricamente la circulación del cuadrado" ⁵⁶. Esta es una entre muchas paradojas que consignó Tejada; habló de la inmovilidad del faquir como la fórmula más pura y eficaz de actividad, y del suicidio como algo que sólo merecerían realizar los seres eternos.

Mención especial en esta búsqueda de un sentido maravilloso del mundo merece la animación de los objetos que realiza Tejada en varias de sus crónicas en las

⁵⁶ "Paradojas geométricas", en *Gotas de tinta*, pág. 380.

que, conforme a la incitación de su maestro inglés, trasciende la consideración ordinaria de las cosas al insuflar vida propia a los objetos que integraban la nueva vida "civilizada y ciudadana". Infundirles vida a los objetos era una manera de establecer familiaridad entre el ciudadano y las mercancías cada vez más impersonales en virtud de su producción industrial, representaba una tentativa de acoplar lúdicamente las personas a los hábitos del nuevo estilo de vida. En esta psicología fantástica de los objetos recogida por Tejada en su *Libro de crónicas*, las cajas de fósforos se esconden y aparecen cuando ya no se las necesita; el botón del cuello pellizca la piel "como pudiera hacerlo una mujer furiosa"; la corbata da la sensación a quien la porta de "llevar enroscado al cuello un crótalo traidor"; y los pantalones, "bípedos andantes", reemplazan de cierto modo al "caballo fiel". Estos son sólo algunos de los objetos que conforman lo que Tejada llama "la biografía de esa humanidad silenciosa, hueca y cálida, que pasa la existencia colgada a los roperos, expuesta en las vitrinas,



Cubierta del libro *Luis Tejada* de Víctor Bustamante, Editorial Babel, Medellín, 1994.

sumida a los escaparates de los montepíos, adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente" ⁵⁷. El desarrollo económico abarrotaba las vitrinas con sus colecciones de mercancías, y Tejada, a través de sus crónicas, permitía que sus lectores se apropiaran de un sentido maravilloso de esas mercancías que utilizaban diariamente. Labor semejante haría después Vidales en los poemas de *Suenan timbre*.

El carácter de las crónicas

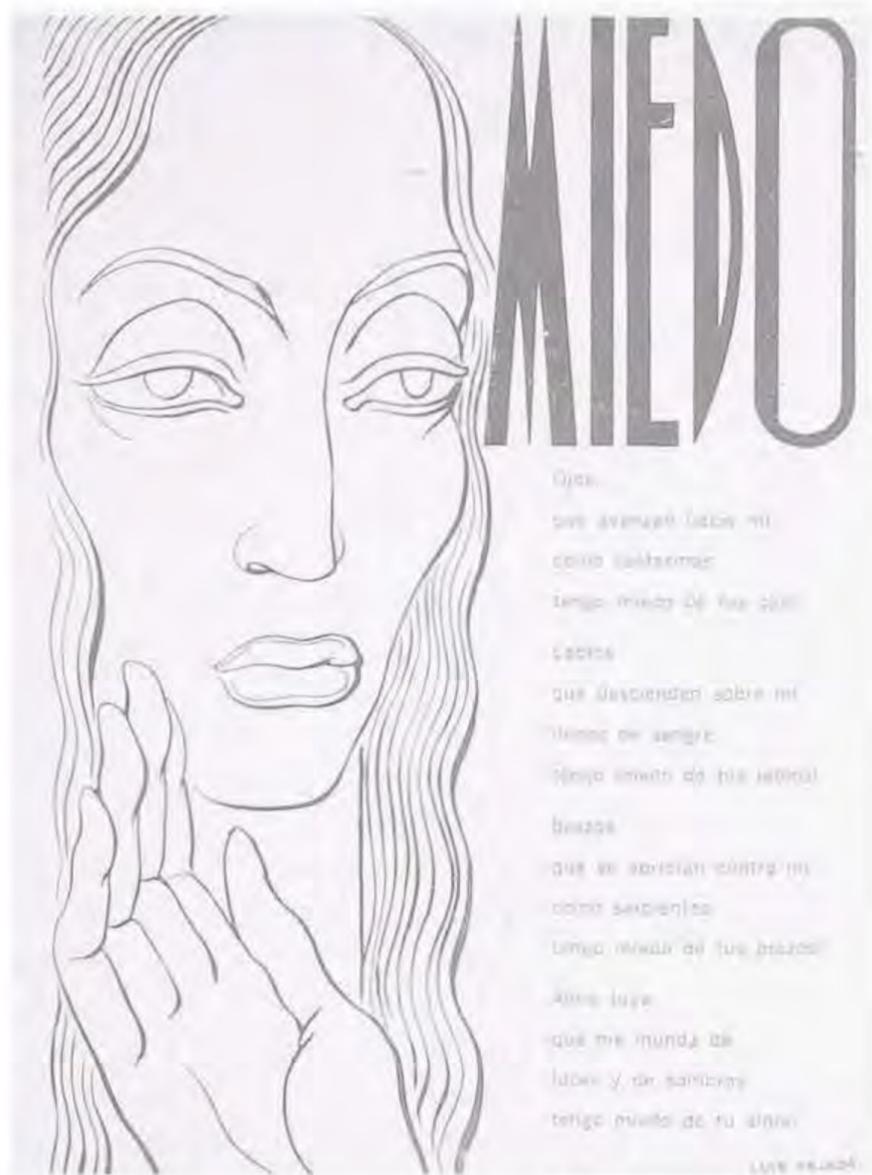
Los prologuistas de las más recientes antologías de Tejada citan definiciones de aquellas que podrían ser designadas como crónicas. La que trae Cobo Borda dice que la crónica "es una forma peculiar del periodismo, apresamiento del instante o de la figura representativa, del suceso trascendente que esclarece el sentido de la historia política o cultural" ⁵⁸. Miguel Escobar elige otra en que se advierte de inmediato la pluma de don Tomás Carrasquilla: "Prescriben los maestros en el arte que el tal escrito ha de ser corto al par que animado y decidor, prescriben que no ahonde en el asunto; que no se meta demasiado en gravedades ideológicas; que al concepto o idea no le dé solemnidad; que la forma sea elegante sin



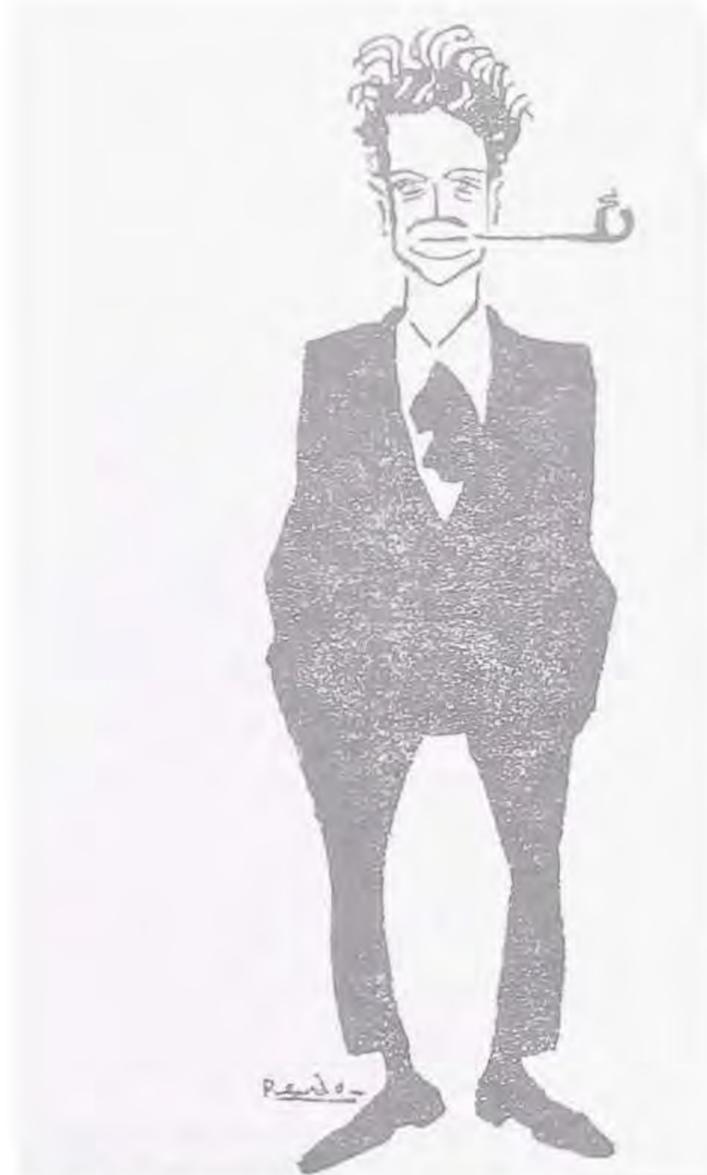
Luis Tejada, ilustración de Merino (El Espectador, 22 de marzo de 1987).

⁵⁷ "Biografía de la corbata", en *Gotas de tinta*, pág. 340.

⁵⁸ *Gotas de tinta*, pág. 21.



Poesía de Luis Tejada publicada en Revista de las Indias.



Luis Tejada, dibujo de Ricardo Rendón
(Tomado de *Luis Tejada, Op., cit.*).

floreos y llana sin ramplonerías; que todo esté a los alcances del iletrado y al gusto del entendido" ⁵⁹. A esto puede agregarse lo que afirma Tejada al referirse a sus colegas como los "encargados de extraer, por cierta suma mensual, la emoción del suceso cotidiano". Aunque estos elementos permiten una aproximación a lo que comúnmente se entiende por crónica, no alcanzan a precisar el contexto ni el modo peculiar como Tejada lo ejerce.

El nacimiento de la crónica moderna está ligado al desarrollo del periodismo. En los siglos precedentes los cronistas se encargaban de dar cuenta del tiempo (la palabra crónica viene del griego *chronos*, que significa tiempo) desde una concepción ceñida más al devenir de los grandes acontecimientos históricos que al registro de la actualidad propio de los diarios impresos. Dentro del proceso de modernización, el desarrollo de la prensa tuvo una importancia doble; permitir la profesionalización del escritor y la formación de un público lector "modelado por la educación y el avance de pautas culturales urbanas" ⁶⁰. Esto que afirma Angel Rama a propósito de América Latina se cumplió en Colombia en el marco de sus particulares condiciones históricas. Para empezar, la ampliación sistemática de la educación se vino abajo con el fracaso de la reforma radical y la consiguiente imposición del modelo restrictivo de la Iglesia; en ese sentido, tal como Tejada afirmó de la poesía, puede decirse que la educación colombiana tenía un retraso de medio siglo. En cuanto al papel ilustrador de la prensa, ya se dijo que la prensa liberal libró una dura batalla por orientar la opinión de los sectores más representativos de la burguesía liberal y de la clase trabajadora que le era afín. El Espectador es el ejemplo más patente de ello: fundado en 1887; tuvo que interrumpir labores a causa de las guerras de 1895 y 1899; soportó las persecuciones de las dictaduras de Núñez y de Reyes y se dio el lujo de mantener ediciones desde Medellín y Bogotá entre 1915 y 1923,

⁵⁹ Mesa de redacción, pág. 14.

⁶⁰ Angel Rama, "La modernización literaria latinoamericana", en *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pág. 83.

Estas páginas que no han largo tiempo reservaron al "Libro de Crónicas", el más fervoroso de sus comentarios, hoy recogen emocionadas para su autor, las frases supremas que pide el instante irrevocable.

No llegó para Luis Tejada la edad simbólica con la espléndida madurez que rige severamente al espíritu sobre los caminos inciertos. Mas sus días torturados por el período de delusión mental, que apenas si logró llenar, dejan conquistas de prestigio trascendente.

Es un poeta de la prosa, anotaba en cierta oportunidad, uno de nuestros dilettantes de pura aristocracia mental. Y es que la obra de Tejada es el emporio de un estilista que comprendió, como pocos, el sortilegio de la palabra, cuya sencillez responde a los más íntimos afanes espirituales. Luis Tejada, poeta, habría diluido su alma, de sutilezas casi femeninas, en cantos de un panteísmo incomparable.

De su libro podríamos decir, con un crítico de América, que son las memorias de un espíritu andariego que, cada noche, fuera escribiendo una aventura, tan fugaz como un amor, tan fugaz como un beso. A su manera, Tejada fue también como el dramaturgo escandinavo en el análisis de Faguet, un creador de almas. La mejor parte de sus escritos comprende la historia extraña del mundo pequeño de los objetos,



El admirable escritor Luis Tejada, cuyo fulgor pronto se apagó, en 1924, ha producido honda y duradera impresión en los lectores intelectuales.

cuya alma minúscula sorprendió en su desfile fugaz. Y es en esta fugacidad, detenida por las mallas de una sensibilidad desesperante, donde vive el secreto que aumenta las horas encargadas de sostener su nombre.

Quizas debido a la misma sensibilidad, que acusamos en Tejada, sensibilidad de avances noblemente fraternos, y a su intuición—primera de sus virtudes cerebrales—encontró la belleza de una vida nueva en las visiones lejanas de la Rusia que describe la quimera de una redención social definitiva. Tuvo, así, en las crónicas que sumaron los postreros movimientos de su pluma, la magnificencia de los cantos corales que alzaron las multitudes moscovitas tras el convoy de Lenin, el gran genitor.

Su imaginación, su sensibilidad eran de puro poeta. Cada una de sus crónicas breves, aladas, era un poema en prosa. En ellas los acontecimientos, las cosas, los objetos, viven, se agitan a virtud de la imagen precisa, resplandeciente. Pincel y escoplo era su pluma.

Abandonemos ahora la evocación dolida para oír al propio Tejada en un fragmento de su libro, el único refugio que nos queda en esta hora de recogimiento. En él encontraremos, de nuevo, lo que nuestros ojos mortales no alcanzarán a ver ya nunca. A B

¿Cuándo podré escribir un largo libro minucioso sobre la psicología de las ropas? Me obsesiona la

idea de hacer, en un estilo expresivo y sincero, la biografía de esa humanidad silenciosa, nueca y cálida, que pasa su existencia colgada a los ropetos, expuesta en las vitrinas, sumida en los escaparates de los montepios, o adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente; las ropas son un molde de humanidad o una humanidad vacía, que plagia y se asimila la vida y la forma de la otra humanidad; cada hombre tiene un segundo cuerpo en ese vestido completo que yace colgado en la esquina de la alcoba.

¿Algún día, provista ya de una verdadera vida propia, se pondrá en marcha por sí sola esa muchedumbre doliente de gentes «en potencia», que son los trajes de los hombres?

Yo, quizá, he empezado a observar algunos indicios de la presencia de ese fenómeno inusitado pero verosímil. Hace cierto tiempo estoy estudiando con cuidado la psicología de mi corbata, sus costumbres, su manera de ser, su genio, en fin, y de pronto me asalta la idea de que esa corbata puede llegar a adquirir un alma independiente, pueda llegar a construir un organismo intrínseco, con vida animal propia, autónoma.

Mi corbata es una vieja tira de seda, que ha ido

BIOGRAFIA DE LA CORBATA

alargándose y puliéndose, haciéndose sutil y dúctil con el tiempo y con el uso; y el contacto conti-

nuo, la existencia perenne junto a un hombre, ha espiritualizado un poco, le ha dado cierto calor de alma; podría decir que mi corbata casi vive.

¿Casi vive o vive realmente? Yo no sé. Pero entonces, ¿por qué a veces se desliza por sí sola desde la barandilla de la cama? O por qué, a menudo, huye de la silla y aparece en el rincón opuesto apaciblemente enrollada como una serpiente que duerme? O por qué, en una ocasión, la buscamos en vano durante tres días, hasta que se hizo visible por sí sola, cerca de un agujero del entablado? ¿Era que estaba en excursiones subterráneas? Yo siento la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente, de mí, como un pequeño animal amaestrado.

Y no puedo sustraerme al temor ahora cuando, frente al espejo, hago el ademán característico de anudar la corbata, ese ademán sintético que es como un simulacro de estrangulación, que le recuerda a uno todas las mañanas la proximidad de la muerte. Me veo, me sorprende con un aire de domador de serpientes, con el aspecto místico del que lleva enroscado en el cuello un erótilo traidor.

LUIS TEJADA

El Gráfico del 21 de septiembre de 1924 registró así la muerte de Luis Tejada, y publicó su famosa *Biografía de la corbata*.

año de suspensión de la edición antioqueña. Pese a lo anterior, la labor educativa de la prensa liberal se vio limitada por las dificultades técnicas para su modernización, la imposibilidad de colocar sus precios al alcance de los sectores más populares y una tasa de analfabetismo que llegaba al 65%⁶¹.

De este tema se encuentran referencias en dos textos de Tejada. En "La buena prensa", citado anteriormente, se hace una caracterización suspicaz de las prensas liberal y conservadora: la buena prensa (la conservadora) es "timorata, cautelosa y siempre tiene la verdad teológica en los labios y la expresa en todo beatífico y conmovedor; cuando calumnia lo hace en sentido apocalíptico, invocando los más santos principios"; la prensa mala (la liberal), en cambio, "se constituye en una fuerza social que influye definitivamente en el destino del país, trata todos los temas, da todas las noticias, estudia todos los asuntos". En "El

⁶¹ Véase María Cristina Orozco-Gilberto Loaiza, *op. cit.*, pág. 12.

periodismo", de 1922, si bien reconoce el progreso económico que permite que se pueda hablar de la prensa como empresa y de los periodistas como la única especie dentro de la fauna literaria colombiana que ha sabido redimirse, Tejada observa que el aumento del público lector se ve impedido por el carácter demasiado aristocrático y exclusivista de la mayoría de los periodistas. Al decir esto estaba poniendo de presente la debilidad de un proceso que Rama señala como determinante en la modernización cultural que se lleva a cabo en América Latina a partir de la prensa: la renovación de la lengua literaria respondiendo al habla y demás hábito de la vida urbana⁶², algo que los centenaristas estaban más cerca de reprobar que de promover.

Lo anterior sirve para contextualizar la manera como Tejada ejerció su oficio de cronista. Hay que señalar, en primer lugar, que Tejada se propuso desde sus crónicas una renovación formal y conceptual de la lengua literaria. Despojó su escritura de erudición y grandilocuencia, supo infundirle los ritmos variados y sorprendidos de las calles, además de sus voces y sus objetos; sus crónicas prescindían del conjunto de tics que identificaba a los literatos de entonces, están escritas en un tono coloquial, para conversar con los lectores que van en el tranvía y no tienen tiempo "de leer los grandes y los famosos libros"⁶³. La pretensión de sencillez que se manifiesta en las crónicas no riñe con la agudeza en el pensamiento; a Tejada le interesaba movilizar ideas sin importar que fuera de literatura, de política, de economía o de cualquier otra esfera de la vida social que estuviera hablando. Como periodista, y aún más como vanguardista, tenía

⁶² Angel Rama, *op. cit.*, pág. 85.

⁶³ De una entrevista publicada originalmente en *Cromos. Gotas de tinta*, pág. 396.

Artículo de *Cromos* informando sobre el fallecimiento de Luis Tejada, 23 de septiembre de 1924.

Cromos.—196

En la muerte de Luis Tejada.

Luis Tejada.

bueno. Efusivo, cordial, amable, cariñoso. Acariciaba sus paradojas y su mundo en torno suyo se diluía en líneas delicadas. Se habría todo él, transparente, para sonreír y hacer en torno suyo la vida fuera grácil, imaginación y su gesto eran infantiles. Por los esquemas de su mismo jugaban reminiscencias de

bueno. Extraño en el mundo, sin cuenta de su exotismo. Su vida se vivió dentro de normas personales, de un arte que lo que el público tomaba como jerarquía de su existencia, no era sino un caso de ordenación, de lógica sentada en él. Pero sin pretensiones, sin orgullo. Con todo el bello talento que le daba, jamás se preocupó por establecer una relación que creara vínculo entre el público y él. Y él nunca sus cosas, porque sólo se preocupaba de modelar humildemente su verdad. Comunista. El único comunista que nos conocieron nosotros. Y lo era más por actividad que por razonamientos, a saber que, para él, inventar una teoría, construir una, era algo tan fácil que él las hizo como trabajador sino como artista. Si el comunismo no hubiera existido antes, Luis Tejada lo habría in-



LUIS TEJADA

ra clasificar la escuela literaria de Tejada, habría que abrirle una casilla nueva en las categorías. La suya fue la escuela de la discreción. Entre la gama infinita de los matices que va de Queiros a Franco, el uno con sus paradas burdas y sangrientas, el otro con sus fugas pulidas, no se hallaría un puesto para Tejada.

A un refinamiento como el de Tejada, necesariamente ha de corresponder un escepticismo. Pues bien: él fue un escéptico de las cosas grandes. Para él no hu-

y el lápiz en la oreja, muy posesionado de sí mismo, muy metido en su oficio, lleno del amor a la tierra, de la alegría pantéista, cósmica, que pone en nosotros el contacto con la madera nueva.

La carpintería debe ser una disciplina excelente para modelar el alma en el ideal de perfección de Marco Aurelio: la serenidad. ¿No habéis sentido al penetrar en esos amables talleres una impresión tonificante de equanimidad, de felicidad sencilla? El maestro carpintero, severo y benévolo, se os acerca y os habla; notáis que posee en una forma recóndita y dilatada el sentido de la vida; porque él lo ha hecho sin duda una cuna y un atánd, como ha hecho un lecho de bodas; y tiene presente a cada instante el principio y el fin; ata en cada instante los dos cabos de la existencia del hombre; esa visión completa de la vida se asienta en él y lo santifica.

Y sus manos gruesas infundirán también a los muebles esa débil alma callada, hermana del alma del hombre: ¿qué fuera de nosotros sin el buen carpintero que dá el lecho cordial que nos abraza y nos esconde, las sillas vigilantes que nos acompañan en la noche, el claro aguamanil desde cuya altura el espejo nos mira y nos anima, el escaparate familiar que apresa el perfume de la ropa limpia? ¿Qué fuera de nosotros dentro de la soledad

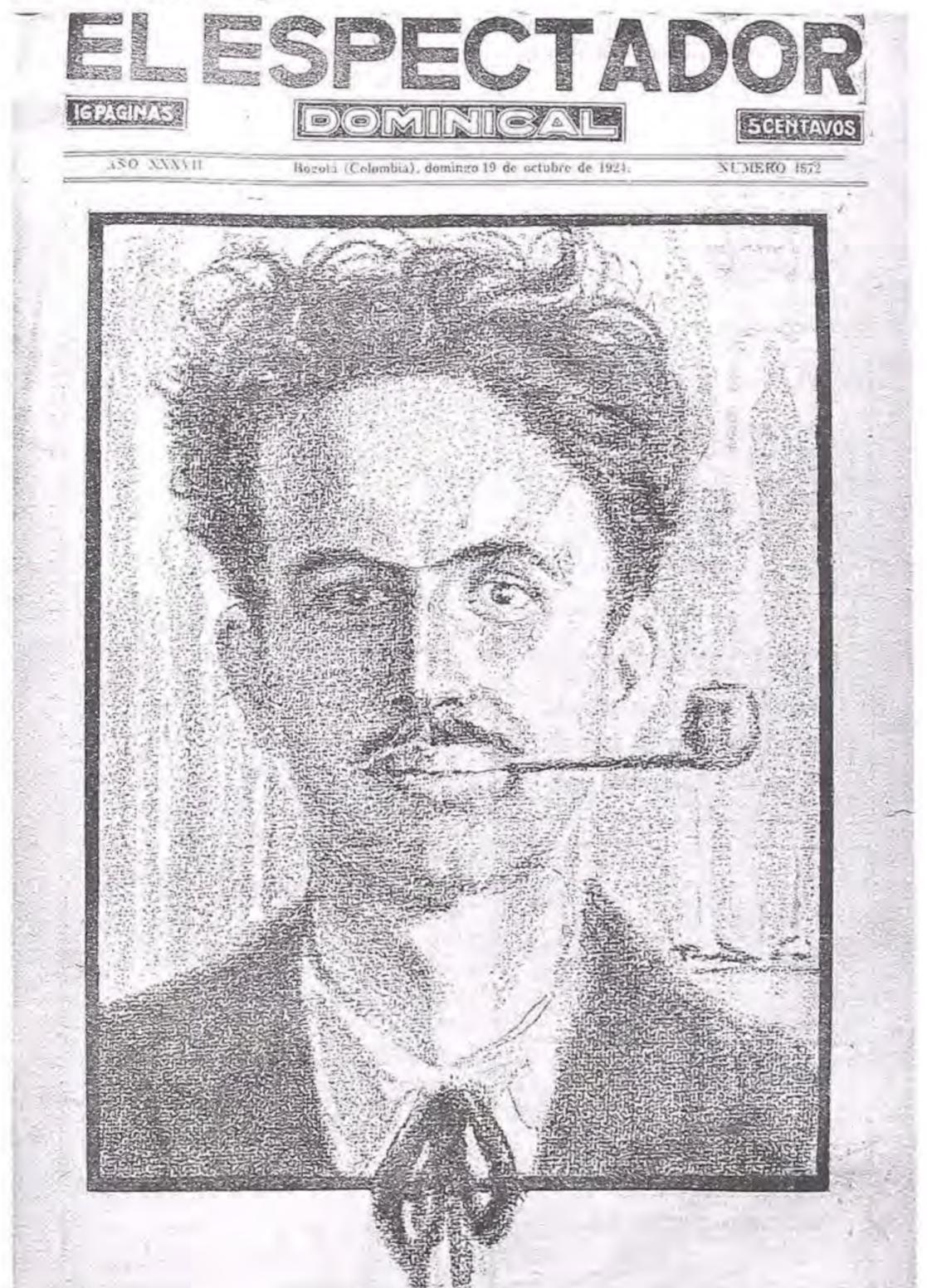
un sentido de la actualidad que le permitió transmitir las contradicciones de la modernización. Paradójicamente, la decisión de insertarse en el vórtice de su momento es lo que hoy en día lo preserva de la inactualidad; el lector contemporáneo puede encontrar en la concisión de sus crónicas, carentes de la pretensión libresca o erudita, cuestiones en las cuales es capaz de reconocerse.

El proceso creativo

Para una caracterización del proceso creativo en Tejada es posible partir de tres actividades principales: la meditación, la conversación y, por supuesto, la escritura.

Existe una imagen del Tejada pensador: la del dibujo que hiciera Ricardo Rendón para el *Libro de crónicas*. Allí, ilustrando lo que Tejada había imaginado en sus "Meditaciones ante una butaca", se ve al pensador sentado cómodamente en una de esas butacas "bajas, abullonadas y episcopales", con los pies rectos y altos —porque es en esta posición que se consigue "un buen imaginar"—. Completan el cuadro la mano que sostiene un libro que no se lee y, detalle insalvable, la pipa en los labios, "porque el humo ingrávido estimula

Portada de El Espectador edición dominical, del 22 de septiembre de 1924, en homenaje a su colaborador Luis Tejada.



y purifica la imaginación, la hace celeste, la lleva en pos de sí a altos mundos bellos y desconocidos" ⁶⁴. Del Tejada que medita en la butaca puede decirse lo que él mismo dice del faquir indio: "Desconfiemos del hombre inmóvil, porque puede estar cargado de profundos pensamientos, puede estar relleno de la dinamita de alguna idea concebida y acariciada en el silencio" ⁶⁵. El hombre que frecuenta la soledad y la quietud es el hombre que no teme pensar, el que puede llegar a subvertir las ideas establecidas, pues, como se afirma en el "Elogio del espíritu de contradicción", "contradecir es afirmar la personalidad individual, es querer salvar a todo trance de la absorción extraña, lo mejor que posee cada uno: su ser interior" ⁶⁶. En esa crónica Tejada reclama para sí el tonel de Diógenes y "una buena dosis de espíritu de contradicción".

Para Tejada el complemento ideal de la reflexión individual es la conversación; la crónica que le dedica a este tema constituye todo un tratado del arte de la conversación, hoy en franca decadencia. La primera distinción que plantea el autor es la que existe entre el hablador y el conversador: "El conversador, que procura siempre generalizar, dirá, por ejemplo: patinar es un ejercicio armonioso y saludable; el murmurador sólo acertará a decir: gulano patina muy bien; porque no logra aprehender las ideas sino personalizadas". (De aquí se podría extraer la diferencia entre la crónica trascendente y la que no alcanza a serlo; la primera supera la realidad y se eleva a una esfera "pura e impersonal"; la segunda queda relegada al plano de lo eventual). El conversador piensa, el murmurador simplemente recuerda. Es por eso que el conversador debe poseer cierta curiosidad intelectual, "ese deseo punzador de saber cosas inútiles, ese interés desinteresado por las ideas y por las teorías de los demás, ese querer escudriñar y discutirlo todo por el sólo placer de hacerlo, sin fin determinado y sin objeto práctico ninguno" ⁶⁷. Como método, como disciplina intelectual, la conversación constituye un complemento indispensable para la reflexión personal no sólo porque "agiliza la mente y la desenmohece, sino porque es un procedimiento apropiado para dar fijeza y estabilidad a las ideas" ⁶⁸.

¿Qué relación guarda lo anterior con el acto de escribir? Si se considera que el cronista sostiene con sus lectores una suerte de conversación por entregas, es posible plantear una analogía entre la conversación y la escritura; porque así como cada conversación sirve para fijar las ideas, como si de "clavarlas con menudos alfileres" se tratara, cada crónica escrita representaba para Tejada una labor de concreción del pensamiento y el estilo. El Tejada conversador cede su lugar al cronista cuando éste asume el ejercicio profesional de su vocación de escritor "encargado de extraer, por cierta suma mensual, la emoción del suceso cotidiano". Los años de experiencia periodística, de elaboración de reportajes, de análisis de la situación local y mundial, de editoriales políticos, de comentarios culturales sobre arte y literatura, todas estas experiencias irían precisando las ideas del célebre conversador y pensador, permitiéndole decantar un estilo personal. Seis años de práctica permanente, de escribir, reformular y reciclar crónicas, permitirían a Tejada publicar su *Libro de crónicas*, que aparecería en las vitrinas poco antes de su muerte, en septiembre de 1924.

Resulta de nuevo paradójico que sea justamente en este libro, el más resueltamente seducido por el mundo que se insinuaba después de la primera guerra mundial, en donde se pueda encontrar una advertencia más profunda sobre la deshumanización que se avecinaba. La vindicación de un individuo que frecuentara el ocio para la contemplación y la reflexión y que cultivara el arte

⁶⁴ "Meditaciones ante una butaca", en *Gotas de tinta*, pág. 299.

⁶⁵ "Apología del faquir", en *Gotas de tinta*, pág. 178.

⁶⁶ "Elogio del espíritu de contradicción", en *Mesa de redacción*, pág. 187.

⁶⁷ "Sobre la conversación y el conversador", en *Gotas de tinta*, pág. 336.

⁶⁸ "Hablar", en *Gotas de tinta*, pág. 356.

**EL LIBRO DE CRONICAS
DE LUIS TEJADA se en-
cuentra para la venta
en las principales librerías de la ciudad.**

Aviso de prensa anunciando la venta del libro (El Espectador: Dominical, 22 de septiembre de 1924).

de la conversación era una señal de alarma para un porvenir avasallado por el trabajo y la soledad y narcotizado por la información y el entretenimiento.

El "Libro de crónicas"

De las 150 páginas del *Libro de crónicas* afirmó el autor que eran todas contradictorias, escritas "en épocas distintas, bajo distintas impresiones, puestas allí sin orden alguno". En efecto, en ellas es posible rastrear cambio de actitudes, juicios encontrados y replanteamientos; pero, sobre todo, es posible constatar que Tejada seleccionó en este libro lo que consideraba más sobresaliente de su producción. En las páginas anteriores se propuso una caracterización del proceso intelectual que sustentaba la elaboración de las crónicas; ahora procede señalar brevemente algunos elementos que posibilitan su riqueza textual y significativa.

El valor literario de las crónicas de Tejada radica en su capacidad de condensar con fortuna cualidades propias de modalidades tan diversas como la narrativa, la poesía, el artículo periodístico o la crítica. La libertad que establece la crónica como género a medio camino entre el periodismo y la literatura impide que alguna de estas tendencias se apodere del texto, ajustándolo a sus convenciones específicas. Estas crónicas narran sin dejar de ser líricas; critican sin caer en el prurito teórico o academicista; e informan sobre acontecimientos noticiosos sin perder de vista la originalidad del prosista. Se establece así un sistema de vasos comunicantes que imprime dinamismo y pluralidad a los textos. En todos los casos, el crisol donde se resuelven todas estas fuerzas está dado por el humor y la ironía.

Además de los ejemplos anotados a lo largo de este trabajo, existe una crónica de Tejada, dedicada al cinematógrafo, que permite corroborar lo dicho y, de

paso, sirve para registrar la simpatía que el cronista profesó a un arte que en la época pocos querían reconocer como tal.

La crónica comienza informando sobre las protestas que se estaban haciendo en contra de las películas norteamericanas, acusándolas de absurdas, descabelladas y brutales. Empieza entonces como un texto periodístico que informa de un hecho que Luis Vidales confirma al contar en una entrevista que por esa época se pretendía impedir a toda costa la proyección de *La quimera del oro* en el teatro Olimpia⁶⁹. Tejada afirma luego que la afición del público por el cinematógrafo debe entenderse como una reacción contra el realismo árido y analítico imperante por entonces en el teatro y la novela; aquí el periodista cede su lugar al crítico cultural que despliega, no sin suspicacia, la crítica al realismo que ya había formulado antes: "¿Cómo es que la princesa se va a enamorar de un cochero, o que un loco se tire del segundo piso, con un paraguas abierto, y siga caminando tranquilamente por la calle? Esas cosas no las admiten los realistas; sin embargo, son perfectamente reales, puesto que han sucedido o pueden suceder, que es lo mismo". Al celebrar "ese nervio vital" que tienen las películas norteamericanas, hablando como cualquier parroquiano de la emoción que siente "cuando el león está a punto de comerse al protagonista", Tejada pasa momentáneamente del punto de vista del crítico al del público común y corriente. El lector de esta crónica podría sentirse desconcertado ante esta exaltación más bien ingenua del romanticismo apoteósico de las películas descritas, si no fuera porque Tejada retoma su voz para rematar la crónica con la más fina ironía: "La vida misma es una aventura terrible, una aventura perfec-

LUIS TEJADA SE NOS FUE...

El Mundo al Día informó así la muerte de Luis Tejada en su edición del 18 de septiembre de 1924.



LUIS TEJADA,
joven y notable cronista cuyo fallecimiento, ocurrido ayer en Girardot, ha causado general impresión de pena.

⁶⁹ María Cristina Orozco-Gilberto Loaiza, *op. cit.*, anexo H.

tamente cinematográfica, con la diferencia de que, al fin, siempre se lo come a uno el tigre" ⁷⁰. El humor; la intención informativa; la crítica cultural que incluye aspectos intrínsecos de las obras y de la recepción que tienen por parte del público; los tintes de poesía que surgen en algunos momentos; todos estos elementos permiten ilustrar cómo el autor hace de la crónica una forma de escritura ambigua, plural, capaz de proyectar varios niveles de significación.

**IV. TRADICION Y REVOLUCION:
LA HORA DE LAS RECTIFICACIONES**

La última parte de la vida de Tejada se distingue por una decidida conversión a la causa socialista. Como Vallejo, como Huidobro, como tantos vanguardistas

Noticias de El Tiempo sobre el fallecimiento y entierro de Luis Tejada (18 y 19 de septiembre de 1924).

...e inter
...arcela-

...la ener
...o el in-
...tar en-
...proceso,
...utamen
...en su
...ngo ha
...e cuan
...mitir-
...samien
...pañol,
...la pa-
...las a-
...ie pro-
...a como
...cuan
...le una
...io sólo
...consti-
...puede
...es el
...io de
...la con
...me a-
...esta
...respon
...n pre-
...tantos
...es el
...ra."
...á liber
...i reci-
...omena-

**AYER MURIO EN GIRARDOT
LUIS TEJADA**

Girardot, 17

TIEMPO—Bogotá.

A las cuatro de la tarde de hoy falleció el distinguido escritor don Luis Tejada. Don Luis se hallaba en esta ciudad desde hace algún tiempo, con motivo de una grave afección cardíaca, de la que merced a los esfuerzos del médico de cabecera, doctor Gregorio Vargas, había mejorado considerablemente. El sábado pasado se presentó nuevamente una fiebre alta, que fue interrumpida de súbito por un descenso de temperatura alarmante, hasta llegar hoy a 23 grados y terminando fatalmente con la joven vida del brioso escritor.

La sociedad en general y el liberalismo de ésta se prepara a hacerle un homenaje póstumo, digno del malogrado joven, verdadera esperanza del partido y de la patria. El sepelio se verificará mañana, después de la llegada del tren, que debe traer a don Luis Cano, al señor padre de D. Luis Tejada, y de otros allegados del extinto. Su prematura desaparición ha llenado de consternación a todos los habitantes de la ciudad.

...los cuac
...pueden
...prohibic
...Entre
...tras se
...teres y
...mármol
...duo, he
...tomóvil
...de arm
...ques bli
...pos en
...dad de
...ría fin
...sombren
...una gra
...halle m
...bodega,
...ahogan
...bligados
...lida.

(E
TIEMPO
Hoy
ne a be
seguió
las aut
Anoc
te en es
te banq
ve. De
la misn
ticular,

⁷⁰ "El biógrafo", en *Gotas de tinta*, pág. 94.

latinoamericanos, sintió la urgencia de realizar sus ideas de avanzada a través de la beligerancia política.

Luego de este viraje ya no cabe imaginar a Tejada como el pensador en butaca o el Diógenes cínico visto anteriormente; de su militancia política quedan, en cambio, los testimonios de amigos que muestran un diligente activista recorriendo el país a lomo de mula, reuniendo reclutas clandestinamente en su casa o lustrabotas en las esquinas para adoctrinarlos en las tesis socialistas. No debe sorprender demasiado esta nueva faceta del cronista; su profunda sensibilidad social le venía de familia, y de ello ya había dado muestras fehacientes desde sus primeros pinos como periodista. Sin embargo, conviene detenerse en esto, por cuanto el nuevo proyecto de vida trajo una serie de rectificaciones que modifican sustancialmente la visión del mundo y de la literatura que ha sido señalada a lo largo de este estudio.

En 1922, al hablar de Anatole France, Tejada mismo describiría el giro radical que daría su vida. En ese texto, con motivo del matrimonio y la afiliación al socialismo del escritor francés, Tejada decía: "¿Qué pensáis de la evolución de aquel fino espíritu irónico de antes que se reía amablemente de todo y que ahora se ha dejado coger en las redes severas del matrimonio y la filantropía? ¡Ah, no vale la pena de pasar toda una vida por encima de las cosas, para meterse después dentro de ellas, con esa solemnidad aparatosa del que se casa o del que predica!". Para el escéptico y humorista cronista de entonces, el socialista y el enamorado representaban el tipo esencial del ápostol: crédulo, ingenuo y optimista: "El ápostol que cree en una posible modificación de la vida y el enamorado que busca un remedio para la soledad de su corazón, van en busca de unas mariposas locas; no saben que esas cosas son inmodificables o irremediables; no aprovechan las viejas y constantes lecciones de la experiencia y no logran salirse de esos círculos cerrados para contemplar el panorama desde un punto indiferente"⁷¹. A Tejada le parecía estúpido que el papa prohibiera los libros de France justo cuando éste se había convertido al amor y al socialismo, es decir, cuando se había convertido en un personaje terriblemente serio, absolutamente inofensivo: "¿Por qué, pues, Anatole France va a ser peligroso? No, sólo es peligrosa la sonrisa, leve y aguda punta de puñal que envenena el corazón; pero no es peligrosa la seriedad, y el socialismo y el amor son dos cosas perfecta y terriblemente serias"⁷².

La ironía con la que Tejada despacha al recién casado escritor francés contrasta con el escarnio público al que pretendieron someterlo los surrealistas en 1924; la vehemencia y al fogosidad de los apóstoles de cualquier fe, de aquellos que llevan dentro de su corazón "ese pajarillo pueril que se llama Esperanza", eran ajenas al humorista que declaraba estar al margen de las cosas. Lo interesante es que, en una carta publicada en marzo de ese mismo año, Tejada se dirige a Germán Arciniegas en los siguientes términos: "Yo no le haría, ni aun mi enemigo, la ofensa de creerlo escéptico, en una hora grave y fecunda en que urge creer, adquirir sinceramente una fe, un ideal, una grande ilusión. El escepticismo es ya indudablemente una forma de retraso mental, un vicio perverso y deplorable del siglo pasado, que debió morir con Renan". La gravedad de esta carta —que se explica en parte porque iba dirigida a los estudiantes que desde la revista *Universidad* agitaban las banderas de la reforma universitaria que había comenzado en Argentina en 1918— contrasta con el tono de las crónicas sobre France, y revela el conflicto que se estaba librando entre

⁷¹ "El hombre que se casa", en *Gotas de tinta*, pág. 304.

⁷² "Anatole France", en *Gotas de tinta*, pág. 106.

el humorista y el militante político. Otros apartes de la carta destacan mejor esta tensión: "En realidad nos agitamos dentro de una mescolanza loca, dentro de un pandemónium pintoresco, que no carece sin duda de vitalidad inicial, pero que es perfectamente confuso. Creo, sin embargo, que se acerca el instante de fijar con absoluta precisión los respectivos campamentos filosóficos. Para ese entonces próximo, ¿estaré con ustedes o contra ustedes?"⁷³. Los campamentos filosóficos a los que alude el escritor son, con mayúscula, la tradición y la revolución: "Es decir, Charles Maurras y Lenin; el orden inteligente y el desorden fecundo". El partido que tomaría Tejada frente a estas disyuntivas aparece suficientemente claro en la "Diatriba de la ironía", de 1923, y en la "Oración para que no muera Lenin", de 1924; en la primera se queman las naves del escepticismo: "Sin embargo, deberíamos adoptar una actitud patética, podría decir trágica, sincera y terriblemente preocupada ante la vida, si quisiéramos participar con actualidad e intensidad del momento contemporáneo en el mundo"⁷⁴; en la segunda aparece el tono militante, prácticamente religioso, que vendría a reemplazar el otrora punto indiferente del humorista: "Sólo él es hoy necesario al porvenir; es el piloto en el caos; el que lleva la luz en la oscuridad, la única y última esperanza de los pueblos"⁷⁵.

Tejada difícilmente hubiera podido sustraerse a la agitación política del movimiento contestatario de la posguerra. Optó por lo que se esperaba optase un hombre de carácter y sus condiciones; optó por la política sin pretender soslayar la ruptura que su decisión representaba respecto a posiciones que antes había defendido. Tan consciente era de ello que en su *Libro de crónicas* incluyó las dedicadas a France y a Lenin, que evidencian a las claras las antídopas de su pensamiento. Si acá han sido confrontadas no es con el objeto de señalar una contradicción de la cual Tejada no se hubiera percatado. Su profesión de fe en el socialismo es crédula, por supuesto, pero descubre una inmensa calidad humana: "pero siento también, y esto es lo más considerable y lo más útil para mí, que a su palabra ardiente, rica en ideas dinámicas, le debo mi fe y mi esperanza, la grandeza íntima de mi vida, mi adquisición de un motivo puro de lucha, mi razón de ser y de obrar, la visión fuerte y optimista que tengo del porvenir, mi convicción sincera de que el mundo puede llegar a ser realmente más amable y más justo y de que el hombre adquirirá sobre la tierra una actitud de ennoblecida dignidad humana"⁷⁶. En este punto lo que importa destacar para los límites de este trabajo es que el escritor de crónicas cede su lugar al propagandista político. Quienes lo conocían sabían que Tejada sentía la publicación de su *Libro de crónicas* como una suerte de despedida al oficio que había ejercido durante tanto tiempo. En varias oportunidades llegó a afirmar que ya no tenía tiempo para la literatura: "He decidido dejar de escribir estas cosas, tenemos que organizar las masas", cuenta Vidales que le dijo un día⁷⁷; la frase que durante este período se repetiría tantas veces salió también de labios de Tejada: "No tenemos derecho de hacer literatura mientras haya tantas injusticias en la tierra"⁷⁸.

Conforme a lo anterior, gran parte de los últimos artículos publicados por Tejada responden a una militancia del pensamiento crítico, esto es, un pensamiento dicotómico, que permanentemente toma partido a favor y en contra. Su escritura se hace entonces voluntariamente unívoca, no sólo porque se limite temáticamente, sino porque restringe el sentido a una intención determinada: en este momento el escritor, convertido en polemista político, renuncia a toda aspiración literaria.

⁷³ "Página de Luis Tejada", en *Mesa de redacción*, pág. 312.

⁷⁴ "Diatriba de la ironía", en *Gotas de tinta*, pág. 170.

⁷⁵ "Oración para que no muera Lenin", en *Gotas de tinta*, pág. 280.

⁷⁶ "Lenin", en *Gotas de tinta*, pág. 363.

⁷⁷ Luis Vidales, "Luis Tejada", en *Gotas de tinta*, pág. 413.

⁷⁸ María Cristina Orozco-Gilberto Loaiza, *op. cit.*, pág. 67.

MIPO

s 19 septiembre 1924

El entierro de Luis Tejada

Girardot, 18

TIEMPO—Bogotá.

Después de la llegada del tren se verificó el sepelio del cadáver de Luis Tejada, con asistencia de numerosas personas, pues desde temprano las esquinas se colmaron de carteles de invitación de diversas entidades y personas. Los automóviles iban llenos de coronas. En el cementerio hablaron don Luis Cano y el doctor Gabriel Turbay y don Fernando Rodríguez, todos muy corto pero con frases rebotantes de sinceridad y emoción y devota recordación al ilustre joven periodista. Entre otras cosas, el doctor Cano dijo que el Destino le había deparado a Tejada morir cabe las acacias de la gentil ciudad, cuna clásica de

La n Pue

LA APE
CION C
LONES
LIANA
GASAJC

TIEMPO
El tr
nes enc
"Italia"
nadísimo
la banda
se avista
dia hora
atraque
mente.

El Se
mision

z.
s.

BIER-
ENTRE
RUSIA

IES

icientes
ción del

la Uni-
MPO).—
a publi-
la cual
ministro

Noticias de El Tiempo sobre el fallecimiento y entierro de Luis Tejada (18 y 19 de septiembre de 1924).

Hasta aquí, entonces, esta valoración de Luis Tejada como escritor de crítica crónica. Su muerte canceló los rumbos de su carrera política. De haber podido compartir los pasos de su camarada Luis Vidales, seguramente la izquierda colombiana hubiera tenido en él a uno de sus más importantes luchadores. La literatura, en todo caso, está en mora de reconocer el inmenso aporte hecho por Tejada en pro de su modernización.